4 ou 11 de Xaneiro

**Exam requirements:**

3 novels/plays:

1945 – the 60s

* Graham Greene “The invisible Gentleman” (1965)
* Alan Sillitoe “The fishing-boat Picture” (1959)
* Muriel Sparks “The House of the Famous Poet” (1966)

the 70s – 80s

* Fay Weldon “Weekend” (1978)

the 90s – the present

* Ian McEwan “Psychopolis” (2011)
* David Lodge “Hotel des Boobs” (2005)

1 book: academic essay of 1500 words focused on a topic/aspect of the novel, supported with research in secondary sources

Other 2: 1-2-page comment papers on the remaining two books. The purpose is to show that you have read the book; you may comment on it as a whole or choose an aspect of your interest; no need for further research here.

Allan Silitoe “The Fishing-Boat Picture”

He sido cartero durante veintiocho años. Tomemos la primera frase: porque está escrita de forma sencilla puede parecer importante el hecho de que haya sido cartero durante tanto tiempo, pero me doy cuenta de que tal hecho no tiene ninguna importancia. Al fin y al cabo, no es culpa mía que a algunos les pueda parecer que lo tiene sólo porque lo he escrito de forma sencilla; no sabría hacerlo de otra manera. Si empezara a utilizar palabras largas y complicadas que he buscado en el diccionario, las utilizaría demasiadas veces, las mismas una y otra vez, con sólo unas pocas frases -si es que las hay- entre cada una; así que prefiero no hacer que lo que voy a escribir parezca una tontería utilizando palabras del diccionario.

También hace veintiocho años que me casé. Esta afirmación es muy importante, no importa cómo la escriba o de qué manera la mire. Sucedió que me casé con mi mujer tan pronto como conseguí un trabajo fijo, y el primero bueno que conseguí fue en Correos (antes había sido recadero y chacha). Tuve que casarme con ella en cuanto conseguí un trabajo porque se lo había prometido y no era el tipo de persona que me dejaba olvidarlo.

Cuando llegó mi primera noche de pago, la llamé y le pregunté: "¿Qué tal un paseo por el bosque de Snakey? Yo era un descarado y estaba en la cima del mundo, y como me había olvidado de nuestro acuerdo, no me pareció nada extraño cuando ella dijo: "Sí, está bien": "Sí, está bien". Recuerdo que era el final del otoño y las hojas estaban tan altas como la nieve, crujientes por encima pero empapadas por debajo. Con la luna llena y el ligero viento, caminamos por el Huerto de los Cerezos, felices y del brazo. De repente se detuvo y se volvió hacia mí, una chica de huesos grandes pero con una buena figura y una cara bastante agradable: "¿Quieres ir al bosque?

¡Vaya pregunta! Me reí: "Sabes que sí. ¿No es así?

Seguimos caminando, y un minuto después ella dijo: "Sí, quiero; pero ya sabes lo que vamos a hacer ahora que tienes un trabajo fijo, ¿no?

Me pregunté de qué se trataba. Sin embargo, ya lo sabía. "Casarse", admití, y añadí después de pensarlo mejor: "No tengo un gran salario para casarme, ya sabes".

Es suficiente, por lo que a mí respecta", respondió ella.

Y eso fue todo. Me dio el mejor beso de mi vida y nos fuimos al bosque.

Nunca estuvo contenta con nuestra vida en común, desde el principio. Y yo tampoco, porque no tardó en empezar a decirme que todos sus amigos -su familia sobre todo- decían una y otra vez que nuestro matrimonio no duraría ni cinco minutos. Nunca pude replicar mucho a esto, sabiendo después de los primeros meses cuánta razón tendrían todos. Pero no es que me molestara, porque siempre he sido el tipo de hombre que no se altera por nada. Si quieres saber la verdad -el tipo de cosas que no creo que muchos tipos estén dispuestos a admitir- el simple hecho de que me casara sólo significaba que cambiaba una casa y una madre por otra casa y una madre diferente. Así de simple. Ni siquiera mi paquete salarial alteró su curso: La entregaba todos los viernes por la noche y me devolvían cinco chelines para tabaco y una visita al cine. Era el tipo de boda en la que el coste de la ceremonia y el banquete se paga como anticipo, y luego se sigue entregando el sueldo cada semana de por vida. De donde supongo que sacaron la idea de la compra a plazos.

Pero nuestro matrimonio duró más de los cinco minutos que todo el mundo profetizaba: se prolongó durante seis años; ella me dejó cuando yo tenía treinta años, y cuando ella tenía treinta y cuatro. El problema era que cuando discutíamos -y eran discusiones, insultos, caceroladas: todo- se parecía demasiado al sufrimiento, y en medio de ellas me parecía que no habíamos hecho más que discutir y sufrir así desde el momento en que nos pusimos los ojos encima, sin un momento de descanso, y que eso seguiría así mientras siguiéramos juntos. La verdad es que, tal y como lo veo ahora -e incluso lo veía a veces entonces-, gran parte de nuestro tiempo era jodidamente agradable.

Antes de que ella se fuera, ya tenía la idea de que nuestro tiempo como marido y mujer estaba a punto de terminar, porque un día tuvimos la peor pelea de todas. Estábamos sentados en casa una tarde después del té, uno en cada extremo de la mesa, con los platos vacíos y las barrigas llenas para que no hubiera excusa para lo que siguió. Yo tenía la cabeza metida en un libro y Kathy estaba sentada.

De repente dijo: "Te quiero, Harry". No escuché las palabras durante algún tiempo, como suele ocurrir cuando se lee un libro. Entonces: "Harry, mírame".

Mi cara se levantó, sonrió, y volvió a bajar a mi lectura. Tal vez me equivoqué y debí haber dicho algo, pero el 1 libro era demasiado bueno.

Estoy segura de que toda esa lectura es mala para tus ojos", comentó, sacándome de nuevo del mundo posesivo y caliente de la India.

No lo es", negué, sin levantar la vista. Era joven y todavía tenía la cara clara, una treintañera apasionada y suelta que no me permitía eludir ni su obstinación ni su enfado. Mi padre solía decir que sólo los tontos leen libros, porque tienen mucho que aprender".

Las palabras me golpearon y se hundieron, de modo que no pude resistirme a volver con, todavía sin levantar la vista: "Sólo lo dijo porque no sabía leer. En mi opinión, estaba celoso".

"No hace falta estar celoso del mameluco con el que te llenas la cabeza", dijo ella, despacio, para asegurarse de que yo supiera que hablaba en serio. La huella ya no se pegaba; la tormenta estaba demasiado cerca.

"Mira, ¿por qué no coges un libro, pato? Pero ella nunca lo haría, los odiaba como a un veneno.

Se burló: "Yo tengo más sentido común y mucho que hacer".

Entonces estallé, de una manera suave, porque todavía esperaba que ella no se hiciera cargo, que fuera capaz de terminar mi capítulo. `Bueno, déjame leer, de todos modos, ¿no? Es un libro interesante y estoy cansada'.

Pero esa súplica sólo le dio otra oportunidad. "¿Cansada? Estás muy cansada". Se rió a carcajadas: "¡Cansado, Tim! Deberías trabajar de verdad, para variar, en lugar de pasearte por las calles con esa estúpida bolsa de correo".

No voy a seguir, hilando palabra por palabra. En cualquier caso, no pasaron muchos minutos antes de que me arrebatara el libro de las manos. "Bastardo de los libros", gritó, "no hay más que libros, libros, libros, maldito muerto", y arrojó el libro a las brasas amontonadas, metiéndolo cada vez más en el centro con el atizador.

Esto me molestó, así que le di un golpe, no muy fuerte, pero lo hice. Era un buen libro de lectura y, además, pertenecía a la biblioteca. Tendría que pagar uno nuevo. Salió de la casa de golpe y no la vi hasta el día siguiente.

No pensé en romperme mucho el corazón cuando se marchó. Ya había tenido suficiente. Todo lo que puedo decir es que fue un golpe de suerte de Dios que nunca tuviéramos hijos. Estuvo recluida una o dos veces, pero nunca llegó a nada; cada vez le sacaba más amargura de la que podíamos absorber en los pocos y tranquilos meses que había entre medias.

Aunque podría haber sido mejor si hubiera tenido hijos; nunca se sabe.

Un mes después de quemar el libro se escapó con un pintor de casas. Todo se hizo muy bien. No hubo gritos, ni golpes, ni ruptura del feliz hogar. Un día volví del trabajo y encontré una nota esperándome. "Me voy y no vuelvo", apoyada en la repisa de la chimenea frente al reloj. No había manchas de lágrimas en el papel, sólo ocho palabras a lápiz en una página de la libreta del seguro; aún la tengo en el fondo de mi cartera, aunque Dios sabe por qué.

El pintor de casas con el que se fue había vivido en una casa propia, al otro lado de la terraza. Llevaba unos meses en el paro y, de repente, consiguió un trabajo en un lugar a treinta kilómetros de distancia, según me dijeron después. Los vecinos parecían casi ansiosos por hacerme saber -después de que se hubieran ido, naturalmente- que habían estado llamando a la puerta juntos durante un año. Nadie sabía a dónde se habían ido exactamente, probablemente imaginando que yo quería perseguirlos. Pero la idea nunca se me ocurrió. En cualquier caso, ¿qué iba a hacer? ¿Golpearlo y arrastrar a Kathy por el pelo? No es probable.

Incluso ahora es inútil tratar de decirme a mí mismo que no estaba perturbado por este cambio en mi vida. Se echa de menos a una mujer cuando ha estado viviendo contigo en la misma casa durante seis años, sin importar el tipo de vida de gato y perro que hayáis llevado juntos -aunque tuvimos nuestros momentos, eso sí. Tras su repentina marcha, había algo diferente en la casa, en las paredes, en el techo y en todos los objetos que había. Y algo cambió también en mi interior, aunque intenté decirme a mí mismo que todo seguía igual y que el hecho de que Kathy me dejara no supondría ninguna diferencia. Sin embargo, el tiempo se arrastró al principio y me sentí como un hombre que está aprendiendo a caminar con un pie zambo; pero luego llegaron las interminables tardes de verano y me sentí feliz casi en contra de mi voluntad, demasiado feliz de todos modos para aferrarme a tormentos como la tristeza y la soledad. El mundo se movía y, según sentía, yo también.

En otras palabras, conseguí sacar lo mejor de las cosas, lo que significaba comer bien en la cantina todos los mediodías. Hervía un huevo para desayunar (frito con tocino los domingos) y tomaba algo frío pero sólido para el té todas las noches. Tal y como iban las cosas, no era una mala vida. Puede que fuera un poco solitaria, pero al menos era tranquila, y no me importaba ni lo uno ni lo otro. Incluso perdí el sentimiento de soledad que me había hecho pensar demasiado justo después de que ella se fuera. Y ya no le di más vueltas. Veía suficiente gente en mis rondas durante el día como para aguantar las noches y los fines de semana. A veces jugaba a las damas en el club, o salía a tomar media pinta en el bar de la calle.

Las cosas siguieron así durante diez años. Por lo que supe después, Kathy había estado viviendo en Leicester con su pintor de casas. Luego volvió a Nottingham. Vino a verme un viernes por la noche, día de pago. Desde su punto de vista, resultó que no podía haber venido en mejor momento.

Yo estaba apoyado en mi puerta en el patio trasero fumando una pipa de tabaco. Había tenido un día ajetreado en mis rondas, un tiempo irritante -recibiendo cartas devueltas a lo largo de la línea, escuchando que la gente se había ido y que nadie tenía idea de a dónde se habían mudado; y otras personas que tardaban hasta diez minutos en levantarse de la cama y firmar por una carta certificada- y ahora me sentía doblemente tranquilo porque estaba en casa, fumando mi pipa en el patio trasero al final de un día de otoño. El cielo era de un amarillo claro, que se volvía verde por encima de los tejados y las antenas de telefonía móvil. Las chimeneas empezaban a emitir el humo del atardecer y la mayoría de los motores de las fábricas se habían apagado. El ruido de los niños que se deslizaban alrededor de las farolas y los ladridos de los perros llegaban desde muy lejos. Estaba a punto de apagar mi pipa, para volver a la casa y seguir leyendo un libro sobre Brasil que había dejado la noche anterior.

En cuanto dobló la esquina y empezó a caminar por el patio la reconocí. Sin embargo, me dio una sensación extraña: diez años no son suficientes para cambiar a alguien de modo que no lo reconozcas, pero sí para que tengas que mirar dos veces antes de estar seguro. Y esa fracción de segundo intermedia es como una patada en el estómago. No caminaba con su paso habitual, como si fuera la dueña de la terraza y de todo el mundo en ella. Iba un poco más lenta que la última vez que la vi, como si hubiera chocado con un muro durante los últimos diez años por caminar en el gallo que siempre había tenido. No parecía tan segura de sí misma y estaba más gorda ahora, llevaba un vestido que le quedaba del verano y un abrigo de invierno abierto, y su pelo se había teñido de blanco mientras que antes era de un bonito tono marrón.

No me alegré ni me disgusté de verla, pero tal vez eso es lo que hace el shock, porque me sorprendió, eso sí. No es que esperara volver a verla, pero ya sabes cómo es, la había olvidado de alguna manera. Cuanto más tiempo estuvo fuera, nuestra vida de casados se redujo a un año, un mes, un día, una fracción de segundo de luz que conocí en la oscuridad negra antes de la hora de levantarse. El recuerdo se había remontado demasiado, incluso en diez años, para seguir siendo algo más que un sueño. Porque tan pronto como me acostumbré a vivir solo la olvidé.

Aunque su forma de caminar había cambiado, todavía esperaba que dijera algo sarcástico como: "No esperabas verme tan pronto en la escena del crimen, ¿verdad, Harry? O: "Creías que no era cierto que un penique malo siempre vuelve a aparecer, ¿verdad?

Pero ella sólo se quedó de pie. "Hola, Harry" - esperó a que me asomara a la puerta para poder entrar. "Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos, ¿verdad?

Abrí el portón, deslizando mi pipa vacía. Hola, Kathy", dije, y bajé al patio para que ella pudiera venir detrás de mí. Se abrochó el abrigo cuando entramos en la cocina, como si estuviera saliendo de la casa en lugar de entrar. ¿Cómo te va entonces? le pregunté, de pie junto a la chimenea.

Estaba de espaldas a la radio y no parecía querer mirarme. Tal vez estaba un poco molesto después de su repentina visita, y es posible que lo demostrara sin saberlo en ese momento, porque llené mi pipa de inmediato, algo que nunca suelo hacer. Siempre dejo que una pipa se enfríe antes de encender la siguiente.

`Estoy bien', era todo lo que decía.

"¿Por qué no te sientas, Kath? Pronto te haré un poco de fuego'.

Mantenía los ojos quietos, como si no se atreviera a mirar las cosas viejas que la rodeaban, que estaban muy parecidas a cuando se fue. Sin embargo, había visto lo suficiente como para comentar: "Te cuidas muy bien".

¿Qué esperabas? dije, aunque no de forma sarcástica. Llevaba lápiz de labios, algo que nunca había visto en ella, y colorete, quizá también polvos, lo que la hacía parecer mayor de un modo diferente, supuse, que si no llevara nada en la cara. Era un disfraz delgado, pero suficiente para ocultarme a mí -y tal vez a ella- la persona que había sido hace diez años.

He oído que se avecina una guerra", dijo, por hablar.

Aparté una silla de la mesa. "Vamos, siéntate, Kathy. Quítate ese peso de las piernas", una vieja frase que habíamos usado, aunque no sé por qué la saqué en ese momento. "No, no me sorprendería. Ese Hitler quiere una bala en el cerebro, como muchos alemanes". Levanté la vista y la sorprendí mirando el cuadro de un barco pesquero en la pared: marrón y oxidado, con las velas medio desplegadas en un sombrío amanecer, no muy lejos de la playa por la que caminaba una mujer con una cesta de pescado al hombro. Era uno de los juegos que el hermano de Kathy nos había regalado en la boda, los otros dos se habían destrozado en otra discusión que habíamos tenido. A ella le gustaba mucho este cuadro de barco de pesca que quedaba. El último de la flota, solíamos llamarlo, en nuestros momentos más brillantes. "¿Cómo te va?", quería saber. "¿Vives bien?

"Muy bien", respondió. Todavía no podía superar el hecho de que ya no estaba tan habladora como antes, que su voz era más suave y apagada, sin más mordacidad. Pero tal vez se sintió extraña al verme de nuevo en la vieja casa después de todo este tiempo, con todo tal como lo había dejado. Ahora tenía una radio, esa era la única diferencia.

"¿Tienes trabajo?", le pregunté. Parecía tener miedo de aceptar la silla que le había ofrecido.

"En Hoskins", me dijo, "en Ambergate". La fábrica de encaje. Pagan cuarenta y dos chelines a la semana, que no está mal'. Se sentó y se abrochó el botón que le quedaba del abrigo. Vi que volvía a mirar el cuadro del barco de pesca. El último de la flota.

Tampoco está bien. Nunca pagaron más que sueldos de hambre y supongo que nunca lo harán. ¿Dónde vives, Kathy?

Alisándose el pelo -un rastro de canas cerca de las raíces- dijo: "Tengo una casa en Sneinton. Es pequeña, pero sólo son las siete y las seis de la semana. También es ruidosa, pero me gusta así. Siempre me ha gustado un poco de vida, ya lo sabes. "Una pinta de cerveza y un cuarto de galón de ruido" era lo que solías decir, ¿no?

Sonreí. "Me alegro de que lo recuerdes". Pero ella no parecía tener mucha vida. Sus ojos carecían de esa chispa de humor que a menudo se elevaba en la hoguera de una risa. Las arrugas que los rodean ahora sólo sirven como indicación de la edad y el paso del tiempo. Me alegra saber que te estás cuidando".

Me miró a los ojos por primera vez. "Nunca has sido muy excitable, ¿verdad, Harry?

"No", respondí con sinceridad, "no tanto".

Deberías haberlo sido", dijo, aunque de forma vacía, "entonces habríamos congeniado un poco mejor".

Demasiado tarde ahora", dije, con la intención de que mis palabras se hicieran realidad. Nunca me han gustado las peleas y los problemas, ya lo sabes. La paz es más mi línea".

Hizo un chiste con el que ambos nos reímos. "¡Como ese tipo, Chamberlain! - Luego movió un plato al centro de la mesa y apoyó los codos en el mantel. "He estado cuidando de mí misma durante los últimos tres años".

Puede que sea uno de mis defectos, pero a veces me da un poco de curiosidad. ¿Qué ha pasado con ese pintor tuyo? Lo pregunté con toda naturalidad, porque no sentía que tuviera nada que reprocharle. Se había ido, y eso era todo. No me había dejado en la estacada con una montaña de deudas ni nada parecido. Siempre la dejé hacer lo que quisiera.

Veo que tienes un montón de libros -comentó, observando uno apoyado en la botella de salsa y dos más en el aparador-.

Me gusta leer", respondí, encendiendo una cerilla porque mi pipa se había apagado. Me gusta leer".

No dijo nada durante un rato. Tres minutos, recuerdo, porque miraba el reloj del aparador. Las noticias habrían salido por la radio y me había perdido la mejor parte. Se estaba poniendo interesante por la guerra que se avecinaba. No tenía otra cosa que hacer que pensar en esto mientras esperaba que hablara. Murió envenenado con plomo", me dijo. Sufrió mucho, y sólo tenía cuarenta y dos años. Se lo llevaron al hospital una semana antes de morir'.

No podía decir que lo lamentara, aunque era imposible echarle mucho en cara. Simplemente no conocía al tipo. No creo que tenga un pitillo para ofrecerte", dije, mirando en la repisa de la chimenea por si encontraba uno, aunque sabía que no lo haría. Ella se movió cuando pasé junto a ella en mi búsqueda, raspando su silla en el suelo. No, no te molestes en moverte. Puedo arreglármelas'.

"No pasa nada", dijo. Tengo algo aquí" -buscando en su bolsillo y sacando un paquete arrugado de cinco. "¿Tienes uno, Harry?

No, gracias. No he fumado un pitillo en veinte años. Ya lo sabes. ¿No recuerdas cómo empecé a fumar en pipa? Cuando éramos novios. Una vez me regalaste una por mi cumpleaños y me dijiste que empezara a fumarla porque me haría parecer más distinguido. Así que he fumado una desde entonces. Me acostumbré rápidamente y ahora me gusta. De hecho, nunca estaría sin él".

¡Como si fuera ayer! Pero tal vez estaba hablando demasiado, porque parecía un poco nerviosa mientras encendía su pitillo. No sé por qué, porque ella no necesitaba estar en mi casa. Sabes, Harry -comenzó, mirando el cuadro del barco de pesca y asintiendo con la cabeza-, me gustaría tenerlo, como si nunca hubiera deseado tanto algo en su vida.

No es un mal cuadro, ¿verdad? Recuerdo que le dije. Es bonito tener cuadros en la pared, no para mirarlos especialmente, pero son una compañía. . Incluso cuando no las miras sabes que están ahí. Pero puedes cogerlas si quieres'.

"¿Lo dices en serio?", me preguntó, en un tono tal que por primera vez sentí pena por ella.

Por supuesto. Llévatelo. No me sirve de nada. En cualquier caso, puedo conseguir otro cuadro si lo quiero, o poner un mapa de guerra". Era el único cuadro que había en esa pared, a excepción de la foto de la boda que había en el aparador de abajo. Pero no quería recordarle la foto de la boda por miedo a que le trajera recuerdos que no le gustaban. No la había guardado allí por razones sentimentales, así que tal vez debería haberla desechado. "¿Tuvisteis hijos?

No', dijo ella, como si no estuviera interesada. Pero no me gusta hacerte una foto, y prefiero no hacerlo si te parece mucho'. Nos quedamos sentados mirándonos por encima del hombro durante mucho tiempo. Me pregunté qué había pasado durante estos diez años para que hablara con tanta tristeza de la foto. Estaba oscureciendo. ¿Por qué no se callaba y se quedaba con la maldita cosa? Así que se lo ofrecí de nuevo y, para zanjar la cuestión, lo desenganché, le quité el polvo a la parte de atrás con un trapo, lo envolví en papel de estraza y até el paquete con el mejor cordel de la oficina de correos. `Aquí tienes', le dije, apartando los cacharros y dejándolos sobre la mesa a la altura de sus codos.

"Eres muy bueno conmigo, Harry".

`¡Buena! Eso me gusta. ¿Qué importa un cuadro más o menos en la casa? ¿Y qué significa para mí, de todos modos?' Ahora veo que nos estábamos dando duros golpes de una manera que nunca habíamos aprendido a hacer cuando vivíamos juntos. Encendí la luz eléctrica. Como ella parecía estar incómoda cuando se veía todo claramente en la habitación, me ofrecí a apagarla de nuevo.

No, no te molestes" - se levantó para recoger su paquete. Creo que ya me voy. Pasa que te veré en otro momento'.

"Pásate cuando te apetezca". ¿Por qué no? No éramos enemigos. Se desabrochó dos botones del abrigo, como si tenerlos sueltos la hiciera parecer más a gusto y feliz con su ropa, y luego me saludó con la mano. "Hasta la vista".

"Buenas noches, Kathy". Me di cuenta de que no había sonreído ni reído ni una sola vez en todo el tiempo que llevaba allí, así que le sonreí mientras se dirigía a la puerta, y lo que me devolvió no fue la sonrisa descarada que conocía, sino una separación irónica de los labios que se movía más por ejercicio que por humor. Debe haber pasado por ello, pensé, y ya tiene más de cuarenta años.

Así que se fue. Pero no tardé en volver a mi libro.

Unas mañanas más tarde estaba caminando por St Ann's Well Road entregando cartas. La ronda me llevaba mucho tiempo, porque tenía que parar en casi todas las tiendas. Estaba lloviendo, una llovizna justa, y el agua rodaba por mi capa, empapando mis pantalones por debajo de las rodillas, de modo que estaba deseando volver a tomar una taza de té en la cantina y esperando que hubieran mantenido la estufa encendida. Si no hubiera llegado tan tarde a mi ronda, me habría pasado por una cafetería para tomar una taza.

Acababa de llevar un paquete de cartas a una tienda de comestibles y, al salir, vi el cuadro del barco de pesca en el escaparate de la casa de empeños de al lado, el que le había regalado a Kathy hace unos días. No había forma de confundirlo, apoyado contra antiguos niveles de burbuja, cepillos sin hoja, martillos oxidados, paletas y un estuche de violín con la correa rota. Reconocí un desconchón en la carpintería dorada cerca de la esquina inferior izquierda de su marco.

Durante medio minuto no pude creerlo, no era capaz de entender cómo había llegado hasta allí, y entonces vi el primer día de mi vida de casado y un aparador cargado de regalos, entre los que destacaba este triplete superviviente que me miraba desde los restos de otras vidas. Y aquí está, pensé, reducido a una maldita nada. Debió de venderlo esa noche antes de volver a casa; las casas de empeño siempre abren hasta tarde los viernes para que las mujeres puedan sacar los trajes de sus maridos para el fin de semana. O tal vez lo había vendido esta mañana, y yo sólo llevaba media hora de retraso en mi ronda. Debía de ser muy duro. Pobre Kathy, pensé. ¿Por qué no me había pedido que le diera uno o dos chelines?

No pensé mucho en lo que iba a hacer a continuación. Nunca lo hago, pero entré y me quedé de pie en el mostrador de la tienda esperando a que un canoso tacaño clasificara los fardos reventados de dos mujeres de rostro delgado que se cercioraban de que estaban empeñando lo mejor. Estaba impaciente. El lugar apestaba a ropa vieja y a trastos enmohecidos después de salir de una lluvia fresca, y además ahora iba más tarde que nunca en mi ronda. La cantina estaría cerrada antes de que yo volviera y me perdería el té de la mañana.

El anciano se acercó por fin, con la mano extendida. "¿Tienes cartas?

"Nada de eso, hermano. Sólo me gustaría echar un vistazo a ese cuadro que tienes en la ventana, el que tiene un barco". Las mujeres salieron contando los pocos chelines que les había dado, metiendo billetes de empeño en sus bolsos, y el viejo volvió llevando el cuadro como si valiera cinco libras.

Shock me dijo que lo había vendido bien, pero la creencia se quedó muy atrás, así que lo miré bien para asegurarme de que realmente era el elegido. El precio marcado en el reverso no era lo suficientemente claro como para leerlo. ¿Cuánto quiere por él?

"Puedes tenerlo por cuatro chelines".

La generosidad misma. Pero no soy de los que regatean. Podía haberlo conseguido por menos, pero prefería pagar un chelín más que pasar por cinco minutos de desguace. Así que le entregué el dinero y le dije que volvería a llamar por la foto más tarde.

Cuatro míseros chelines, me dije mientras seguía chapoteando bajo la lluvia. El bastardo ladrón. Debe haberle dado a la pobre Kathy alrededor de uno y seis por ella. Tres pintas de cerveza por la foto del barco de pesca.

No sé por qué, pero esperaba que llamara de nuevo a la semana siguiente. Vino el jueves, a la misma hora, y estaba vestida de la manera habitual: el vestido de verano asomando por su abrigo marrón de invierno cuyos botones no podía dejar solos, diciéndome lo nerviosa que estaba. Se había tomado una o dos copas por el camino, y antes de entrar en la casa se detuvo en el lavabo de fuera. Yo había vuelto tarde del trabajo y no había terminado mi té, y le pregunté si podía tomar una taza. No me apetece", fue la respuesta. Me tomé una hace poco'.

Vacié el carbón en el fuego. Siéntate cerca del calor. Esta noche hace un poco de frío".

Estuvo de acuerdo en que sí, y luego miró el cuadro del barco de pesca en la pared. Había estado esperando esto, me preguntaba qué diría cuando lo hiciera, pero no me sorprendió verla de nuevo en el viejo lugar, lo que me hizo sentir un poco decepcionado. "No me quedaré mucho tiempo esta noche", fue todo lo que dijo. Tengo que ver a alguien a las ocho'.

Ni una palabra sobre el cuadro. "Está bien. ¿Cómo va tu trabajo?

"Muy mal", respondió con indiferencia, como si mi pregunta estuviera fuera de lugar. "Me han echado por decirle a la capataz que se baje".

Dije que siempre decía "oh" cuando quería ocultar mis sentimientos, aunque era seguro que cuando decía "oh" no había mucho más que decir.

Tenía la idea de que ella podría querer volver a vivir en mi casa, ya que había perdido su trabajo. Si quisiera, podría hacerlo. Y no tendría miedo de pedirlo, incluso ahora. Pero no iba a mencionarlo primero. Tal vez ese fue mi error, aunque nunca lo sabré. Lástima que te hayan echado", dije.

Sus ojos volvieron a mirar el cuadro, hasta que preguntó: "¿Puedes prestarme media corona?

Claro que puedo' - vacié el bolsillo de mi pantalón, saqué media corona y se la pasé. Cinco pintas. No se le ocurrió nada que decir, arrastró los pies al ritmo de una melodía insonora en su mente. "Muchas gracias".

No lo menciones', dije con una sonrisa. Me acordé de comprar un paquete de cigarrillos por si quería uno, lo que demuestra lo mucho que esperaba que volviera. ¿Quieres fumar?" -y ella cogió uno, y encendió una cerilla en la suela del zapato antes de que yo pudiera darle fuego.

"Te daré la media corona la semana que viene, cuando me paguen". Es curioso, pensé. Conseguí un trabajo en cuanto perdí el otro", añadió, leyendo mi mente antes de que tuviera tiempo de hablar. No tardé mucho. Ahora hay mucho trabajo de guerra. Además, hay más dinero".

Supongo que todas las empresas cambiarán pronto'. Se me ocurrió que ella podría reclamarme algún tipo de subsidio -pues aún estábamos legalmente casados- en lugar de venir a pedir prestada media corona. Estaba en su derecho, y no necesitaba recordárselo; no me molestaría mucho que lo aceptara. Llevaba tantos años soltero -como podría decirse- que no había podido evitar dejar de lado unas cuantas libras. Ya me voy", dijo ella, levantándose para abrocharse el abrigo.

"¿Seguro que no quieres una taza de té?

No, gracias. Quiero coger el tranvía de vuelta a Sneinton'. Le dije que la acompañaría a la puerta. "No te molestes. Estaré bien'. Se quedó esperándome, mirando el cuadro que había en la pared sobre el aparador. "Es un bonito cuadro el que tienes ahí arriba. Siempre me ha gustado mucho'.

Hice el viejo chiste: "Sí, pero es el último de la flota".

"Por eso me gusta". Ni una palabra sobre haberla vendido por dieciocho peniques.

La acompañé a la salida, desconcertada.

Venía a verme todas las semanas, durante toda la guerra, siempre el jueves por la noche, más o menos a la misma hora. Hablábamos un poco, del tiempo, de la guerra, de su trabajo y del mío, pero nunca de nada importante. A menudo nos sentábamos durante mucho tiempo mirando al fuego desde nuestros diferentes puestos en la habitación, yo junto a la chimenea y Kathy un poco más alejada en la mesa, como si acabara de terminar una comida, los dos en silencio pero sin inquietarse por ello. A veces preparaba una taza de té, a veces no. Supongo que ahora que lo pienso, podría haberme preparado una pinta de cerveza para cuando ella viniera, pero nunca se me ocurrió. No creo que ella sintiera la falta de ella, ya que no era el tipo de cosa que esperaba ver en mi casa de todos modos.

No faltó ni una sola vez a la cita, a pesar de que a menudo estaba resfriada en invierno y hubiera estado mejor en la cama. El apagón y la metralla tampoco la detuvieron. De alguna manera, nos divertíamos y esperábamos vernos de nuevo, y quizás fueron los mejores momentos que pasamos juntos en nuestras vidas. Sin duda nos ayudaron a superar las largas y monótonas tardes muertas de la guerra.

Siempre iba vestida con el mismo abrigo marrón, cada vez más raído. Y no se iba sin pedir unos chelines. Se levantó: `Er... presta medio chelín, Harry'. A veces con un chiste: "No te emborraches demasiado, ¿quieres?" - nunca respondía, como si fuera de mala educación bromear sobre una cosa así. No me devolvían nada, por supuesto, pero tampoco echaba de menos tal dote. Así que no decía que no cuando me lo pedía, y a medida que el precio de la cerveza subía, aumentaba la cantidad a tres chelines, luego a tres y seis y, finalmente, justo antes de morir, a cuatro chelines. Fue un placer poder ayudarla. Además, me dije, no tenía a nadie más. Nunca le pregunté dónde vivía, aunque mencionó una o dos veces que todavía estaba en Sneinton Way. Tampoco la vi en ningún momento en un pub o en un cine; Nottingham es una ciudad grande en muchos sentidos.

En cada visita miraba de vez en cuando el cuadro del barco pesquero, el último de la flota, que colgaba en la pared sobre el aparador. A menudo mencionaba lo hermoso que le parecía, y que yo nunca debería separarme de él, que el amanecer, el barco, la mujer y el mar eran perfectos. Unos minutos más tarde me insinuaba lo bonito que sería tenerlo, pero sabiendo que acabaría en la casa de empeños, no le hacía caso. Hubiera preferido prestarle cinco chelines en lugar de media corona para que no se llevara la foto, pero nunca parecía querer más de media corona en aquellos primeros años. Una vez le dije que podía tener más si quería, pero no me contestó. No creo que quisiera el cuadro especialmente para venderlo y obtener dinero, o para colgarlo en su propia casa; sólo para tener el placer de empeñarlo, para que otro lo comprara y que ya no nos perteneciera a ninguno de los dos.

Pero al final me lo pidió directamente, y no vi ninguna razón para negarme cuando lo planteó así. Al igual que había hecho seis años antes, cuando vino a verme por primera vez, lo desempolvé, lo envolví cuidadosamente en varias capas de papel de estraza, lo até con un cordel de correos y se lo di. Parecía feliz con él bajo el brazo, no podía salir de casa lo suficientemente rápido, parecía.

Pero era la misma historia de siempre, pues unos días después volví a verlo en el escaparate de la casa de empeños, entre todos los trastos viejos que llevaban años allí. Esta vez no entré a intentar recuperarlo. En cierto modo, ojalá lo hubiera hecho, porque entonces Kathy podría no haber tenido el accidente que se produjo unos días después. Aunque nunca se sabe. Si no hubiera sido eso, habría sido otra cosa.

No llegué a ella antes de que muriera. La atropelló un camión a las seis de la tarde y cuando la policía me llevó al Hospital General ya estaba muerta. La habían hecho pedazos y prácticamente se había desangrado antes de que la llevaran al hospital. El médico me dijo que no estaba del todo sobria cuando la derribaron. Entre las cosas suyas que me enseñaron estaba la foto del barco de pesca, pero estaba tan rota y manchada de sangre que apenas la reconocí. Lo quemé en las rugientes llamas de la chimenea aquella misma noche.

Cuando sus dos hermanos, sus esposas y sus hijos se habían marchado y se habían llevado con ellos el aire de culpabilidad que me atribuían por el accidente de Kathy, me quedé de pie junto a la tumba pensando que estaba solo, con la esperanza de acabar llorando a mares. No hubo suerte. Levantando la cabeza de repente me fijé en un hombre que no había visto antes. Era una tarde soleada de invierno, pero con mucho frío, y lo único que al principio pudo apartar mi mente de Kathy fue la idea de que algún pobre tipo tuviera que romper la tierra dura como un hueso y cavar este agujero en el que ahora yacía. Ahora había un extraño. Las lágrimas corrían por sus mejillas, un hombre de unos cincuenta años que llevaba un buen traje, aunque gris, pero con una banda negra alrededor del brazo, y que sólo se movió cuando el harto sacristán le tocó el hombro -y luego el mío- para decirle que todo había terminado.

No sentí la necesidad de preguntar quién era. Y tenía razón. Cuando llegué a la casa de Kathy (también había sido la suya) estaba recogiendo sus cosas, y se marchó un rato después en un taxi sin decir una palabra. Pero los vecinos, que siempre lo saben todo, me dijeron que él y Kathy llevaban seis años viviendo juntos. ¿Te lo puedes creer? Sólo deseaba que él la hiciera más feliz de lo que había sido.

Ya ha pasado el tiempo y no me he molestado en conseguir otro cuadro para la pared. Tal vez un mapa de la guerra lo haría; la pared se queda demasiado en blanco, pues estoy seguro de que algún gobierno lo obligará pronto. Pero, a decir verdad, no necesita nada en este momento. Esa parte de la habitación está ocupada por el aparador, en el que todavía está la foto de la boda, que nunca se le ocurrió pedir.

Y mirando esas viejas fotos apiladas en el fondo de mi mente empecé a darme cuenta de que nunca debí dejarlas ir, y que tampoco debí dejar ir a Kathy. Algo me decía que había sido un tonto y un muerto al hacerlo, y para mi mala suerte fue la palabra muerto más que la de tonto la que se me quedó grabada en la mente, y todavía se me pega ahí como la espina de un bacalao o un congrio, haciéndome enojar a veces cuando me acuesto en la cama pensando.

Empecé a creer que mi vida no tenía sentido, incluso llegué a estar demasiado lejos como para volverme religioso o para ir a la bebida. ¿Por qué había vivido? me preguntaba. No puedo ver nada para ello. ¿Qué sentido tenía todo esto? Y, sin embargo, en los peores minutos de mi vacío de medianoche pensaba menos en mí mismo y más en Kathy, la veía sufrir de un modo mucho más grave que el que yo había hecho nunca, y se me ocurría -aunque sólo funcionaba durante el tiempo que dura una aspirina contra un dolor de cabeza incurable- que el objeto de haber estado vivo era que, de algún modo, había ayudado a Kathy en su vida.

Nací muerto, me repito. Todo el mundo está muerto, respondo. Así es, sostengo, pero la mayoría de ellos nunca lo saben como yo estoy empezando a saberlo, y es una maldita lástima que esto me haya llegado al fin cuando menos podía hacerlo, y cuando es demasiado sangriento para obtener algo que no sea malo de ello.

Entonces el optimismo sale de la oscuridad como un caballero con armadura. Si la amabas... (por supuesto que sí)... entonces ambos hicieron lo único posible si querían ser recordados como amor. ¿No es así? El caballero de la armadura vuelve a la oscuridad. Sí, lloro, pero ninguno de los dos hizo nada al respecto, y ese es el problema.

------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

A medida que el gobierno laborista de la posguerra empezaba a tambalearse, había mucho contra lo que reaccionar en el mundo de la literatura y el teatro, a menudo extravagante, pero en general muy acogedor. En el mundo aún más pequeño de la crítica literaria y la poesía, los cambios se hicieron evidentes a finales de los años cuarenta. La revista literaria que había vinculado las preocupaciones de la posguerra con las de la preguerra era Horizon, fundada en 1939 por el poeta de los años treinta Stephen Spender y el crítico educado en Eton y Balliol Cyril Connolly, que la dirigía. Connolly cerró la revista en diciembre de 1949 con las palabras, quizás demasiado características, pretenciosas: A partir de ahora, un artista será juzgado sólo por la resonancia de su soledad y la calidad de su desesperación". Algunos poetas más jóvenes ya habían decidido adoptar una postura clara y explícita contra el modernismo, el internacionalismo, el neorromanticismo y el exitismo de la bohemia de clase alta. Uno de ellos, Kingsley Amis (nacido en 1922), cuyo primer volumen de poemas, Bright November, se había publicado en 1947, declaró en 1951: Nadie quiere más poemas sobre filósofos o pinturas o novelistas o galerías de arte o mitología o ciudades extranjeras u otros poemas. Al menos, espero que nadie los quiera".

Otro, John Wain (nacido en 1925), cuya colección Mixed Feelings apareció en 1951, expresó su repulsa contra "los garabateros "románticos" borrachos" cuyos versos habían llenado las revistas de poesía en los años cuarenta. Wain, entonces profesor de la Universidad de Reading, aprovechó su posición en la serie First Reading del tercer programa de la BBC para dar a conocer a poetas afines como Donald Davie y Philip Larkin; la revista semanal Spectator se convirtió en gran medida en una plataforma para este grupo de escritores, y poetas. No cabe duda de que se trata de un proceso de "medicación", aunque tampoco cabe duda de que existía una colectividad de poetas afines que reaccionaban deliberada y explícitamente contra las modas de los años cuarenta. En 1955, uno de ellos, D. J. Enright (nacido en 1920), un académico que pasó la mayor parte de su carrera docente en lugares como Japón y Egipto, elaboró una antología Poetas de los años cincuenta. Un año más tarde, Robert Conquest (nacido en 1917) presentó otra colección, Nem Lines, que, inusualmente en esta compañía, había pasado por una educación de clase alta en Winchester así como en el Magdalen College de Oxford: esta colección contenía nueve poetas (de los cuales seis eran acadèmicos): Conquest, Elizabeth Jennings (nacida en 1926), John Holloway (nacido en 1920), Larkin, Thom Gunn (nacido en 1929), Amis, Enright, Donald Davie y Wain. Gracias a un artículo del Spectator de octubre de 1954 titulado "En el movimiento", este grupo de poetas ya tenía un nombre. En su prefacio, Conquest expuso lo que consideraba sus objetivos:

Si hubiera que distinguir brevemente la poesía de los cincuenta de sus predecesores, creo que el punto general más importante sería que no se somete a grandes sistemas de construcciones teóricas ni a una aglomeración de exigencias inconscientes. Está libre de compulsiones tanto místicas como lógicas y -como la filosofía moderna- es empírica en su actitud hacia todo lo que viene.

Las principales figuras literarias de la inmediata posguerra habían pertenecido, según mi definición, a la clase alta, aparte de unos pocos, por así decirlo, bohemios con licencia completa (principalmente celtas). Los miembros de "El Movimiento" fueron educados en Oxford o Cambridge, pero en general pertenecían a los rangos inferiores de la clase media, habiendo ascendido a través de las escuelas de gramática y las becas. No había coherencia en la actitud política ni en la crítica social: se trataba de una forma cultural alternativa a las que habían dominado la literatura en los años cuarenta, pero apenas de una ideología alternativa. El Movimiento no se mantuvo durante mucho tiempo como un movimiento coherente: Davie y Gunn, en particular, se orientaron hacia el modernismo americano.

Las discusiones sobre la existencia, la naturaleza y el estatus de El Movimiento se agitaron en los semanarios intelectuales: los desarrollos en la novela y en el escenario llegaron, aunque de forma distorsionada, a los periódicos populares. Las tres obras clave fueron la primera novela del escritor del Movimiento Kingsley Amis, Lucky Jim (publicada en enero de 1954), Look Back in Anger, del desconocido dramaturgo John Osborne, presentada en el teatro Royal Court el 8 de mayo de 1956, y The Outsider (publicada el 28 de mayo de 1956), del desconocido escritor de veinticuatro años Colin Wilson, que no es ni una novela ni un drama, sino un estudio bastante erudito sobre la búsqueda de los "marginados", principalmente en la literatura, de una comprensión más profunda de la vida que la que tienen las simples multitudes. En la época anterior a la construcción de las "nuevas universidades" en la década de 1960, las universidades provinciales inglesas más pequeñas tenían su origen en los primeros años del siglo XX; sin embargo, experimentaron una considerable expansión bajo las políticas educativas de los gobiernos laboristas de la posguerra. Quizás se necesitaban ojos educados en Cambridge para detectar el potencial que ofrecían como escenario para una novela cómica: la idea de lo que sería Lucky Jim se le ocurrió a Amis mientras visitaba a su amigo Philip Larkin, que era bibliotecario en la Universidad de Leicester. Jim Dixon, recién nombrado profesor adjunto de Historia, era de clase media-baja por sus orígenes y gustos: la novela, al estilo de los escritores del Movimiento, se burla de lo que Dixon considera las elaboradas pretensiones culturales de su jefe, el profesor Welch. Amis ya estaba revelando su habilidad suprema para registrar con precisión las cosas que la gente realmente piensa y, de hecho, a veces dice, en lugar de lo que, por convención educada, deberían pensar y decir. Lucky Jim fue aclamado por un sector sorprendentemente amplio de la prensa como la novela que representaba la nueva escritura de la que hasta entonces sólo los conocedores de la poesía habían sido debidamente conscientes.

La atención se centró entonces en la novela de John Wain Hurry On Down, que en realidad había sido publicada, aunque no escrita, varios meses antes que la de Amis, y en la primera novela de la doncella de filosofía de Oxford Iris Murdoch, Under the Net, que se publicó unos meses después de Lucky Jim. Hurry on Down trata de un personaje provinciano de clase media-baja, Joe Lumley, que pasa por diversos trabajos en lugar de aceptar el tipo de empleo de clase media-alta al que puede acceder gracias a su título universitario; aunque posteriormente publicó The Contenders, a más largo plazo Wain quizá demostró una distinción más consistente como poeta y crítico que como novelista. Con su naturalismo manifiesto, su narrador compartiendo abiertamente sus vacilaciones y dudas con el lector, y su entorno inconformista y ligeramente bohemio, Under the Net parecía completar un trío limpio: de hecho, Murdoch estaba comenzando la exploración, que ha continuado desde entonces, de la probabilidad de que exista un mundo "no naturalista" de la imaginación por debajo de la "red" de organización racional en la que creían los filósofos desde la Ilustración hasta el siglo XIX. Algunos críticos también señalaron una novela anterior, Escenas de la vida provinciana (1950), de William Cooper (seudónimo de H. S. Hoff), como la verdadera precursora de las "nuevas" novelas, cuyas características se consideraron como un énfasis muy poco moderno en lo provinciano y un alejamiento de las costumbres asociadas convencionalmente con la vida de la clase media y media alta. La novela de Cooper presentaba una casa de campo compartida por dos aspirantes a novelistas, a la que el narrador llevaba de vez en cuando a su novia, y su compañero novelista (también varón) a un novio.

El papel mediador de la prensa y la crítica es evidente8 , aunque sin duda Amis y Murdoch se convirtieron en novelistas de considerable talla. El brillante, y totalmente dedicado, director teatral George Devine había fundado la English Stage Company en el teatro Royal Court para intentar presentar nuevas obras que rompieran con la asfixia del drama poético de Rattigan, puramente comercial y explotador. Fue Devine quien le dio a Osborne su oportunidad, y fue Devine quien mantuvo en pie Look Back in Anger, ayudado en gran medida por una crítica del Observer tremendamente entusiasta de Kenneth Tynan, a pesar de que la obra no estaba en ese momento pagando su camino comercialmente. Curiosamente, fue The Outsider, de Colin Wilson, la que alcanzó el éxito de la noche a la mañana (también con la ayuda de una reseña del Observer, de Philip Toynbee): A Vietor Gollancz le había gustado el libro y lo comercializó como una obra general (en lugar de especializada), mientras que otro miembro de la empresa había sustituido el título sugerido por Wilson, El umbral del dolor, por el más llamativo El forastero. Ciertamente, el libro de Wilson se basaba en una lectura impresionantemente amplia: mientras los críticos alababan su aprendizaje, los periodistas trabajaban en la revelación de que, mientras trabajaba de día en el Museo Británico, Wilson había estado durmiendo de noche en Hampstead Heath. Entonces, casi por accidente, el jefe de prensa del Royal Court produjo la noción de que Osborne era "un joven muy enfadado". Los "jóvenes enfadados", en particular Wilson y Osborne (cuya obra empezó a dar mucho dinero a la English Stage Company, además de a él mismo), pero también los "nuevos" novelistas y muchos asociados al Movimiento, se convirtieron en el centro de atención de los medios de comunicación.

Look Back in Anger es un teatro maravilloso, aunque a menudo de forma bastante convencional: el primer acto se abre con la esposa de clase alta de Jimmy Porter, Alison, planchando sus camisas; el segundo acto se abre con Helena, la orgullosa belleza, empleada de forma similar. En todo momento hay una tremenda pasión y vehemencia. Jimmy Porter está ciertamente enfadado, como suelen estarlo los hombres jóvenes, como de hecho puede estarlo la mayoría de la gente ante las más pequeñas irritaciones de la vida. Algunos de los elementos aparentemente estándar están presentes: un entorno provinciano; Jimmy Porter, aunque es universitario, se gana la vida regentando un puesto de dulces. Parte de la rabia, claramente de clase, se dirige a Alison, su hermano, su padre y su calaña, pero la mayor parte parece dirigida contra las convenciones y complacencias de la sociedad. Ciertamente, no hay una "ideología alternativa" coherente; de hecho, Osborne atacó a quienes buscaban un significado profundo en la línea más famosa de la obra: "No quedan causas buenas y valientes", explicándola como una mera expresión de "desesperación ordinaria".9

De todos los autores mencionados hasta ahora, sólo Wilson tenía un origen social genuinamente obrero: su padre trabajaba en una fábrica de botas y zapatos de Leicester, y él mismo completó su educación formal a los dieciséis años; pero su libro es el que carece por completo de cualquier tipo de comentario social. La fama de Wilson desempeñó un papel importante en la creación de la noción del Joven Enfadado, pero en sí misma fue efímera; no dejó ningún legado, y sus obras posteriores fueron recibidas con poco más que desprecio. Sin embargo, la obra de Osborne, que no está del todo desprovista de tópicos en sí misma, merece plenamente el tópico de "marca de la tierra". Las obras rudas y exuberantes, que marcan una estruendosa ruptura con la era de Rattigan, se convirtieron en el elemento básico de la English Stage Company en el Royal Court. Laurence Olivier, que ya era reconocido como uno de los mejores actores clásicos, expresó su deseo de aparecer en la siguiente obra de Osborne, y así interpretó a Archie Rice, animador de musicales en declive.

Estrenada el 10 de abril de 1957, The Entertainer volvió a ser muy eficaz como obra dramática: de nuevo, también, se hace mucha crítica generalizada de la sociedad británica en decadencia, pero ni la obra en sí, ni lo que se sabe de las intenciones de Osborne, encajan con la tesis de que aquí había una especie de condena integral del imperialismo británico tras el fiasco de Suez. Archie Rice es un personaje dramático memorable, y The Entertainer es un más que digno sucesor de Look Back in Anger, al tiempo que la participación de una celebridad, Laurence Olivier, ayudó a garantizar que la presentación de esta obra fuera un importante acontecimiento mediático. Sin embargo, la prensa se ensañó con el musical de Osborne The World of Paul Slickey: en realidad, éste contenía la crítica social más aguda y sostenida de Osborne, dirigida al mundo de los periódicos, pero en el teatro del Palace (vasto en comparación con el Royal Court) simplemente no era posible mantener la obra más allá de seis semanas.

Otra novela que los periódicos decidieron asociar con la imagen del joven enfadado es Room at the Top (1957), de John Braine. En 1950, Braine se había establecido en Londres como escritor independiente, un "intelectual" consciente, que escribía principalmente para ganarse la vida. El padre de Braine, de niño, había trabajado a tiempo parcial en las fábricas de lana de Yorkshire, pero cuando nació el futuro escritor en Bradford, en 1922, había pasado a formar parte de la clase media-baja como supervisor de obras de alcantarillado; la madre de Braine era bibliotecaria. Braine ya era una especie de forastero, ya que la familia era católica. Abandonó su escuela católica de gramática a los dieciséis años, aceptando varios trabajos marginales de cuello blanco, que terminaron en la biblioteca de Bingley. Sirvió como telegrafista en la Royal Navy entre 1940 y 1943, antes de ser invalidada por tuberculosis. Entre 1952 y 1954 pasó otros dos años con tuberculosis, lo que le animó a concentrarse en la creación literaria. Braine ha dicho que las primeras semillas de la novela surgieron cuando la visión de un hombre rico en un coche caro le hizo preguntarse cómo se llega a esa posición. La novela tiene un carácter retrospectivo: el hombre rico de los años cincuenta mira hacia los primeros años de la posguerra. Joe Lampton (el narrador), hijo de un obrero de la fábrica, que adquirió un título de contable durante su estancia como prisionero de guerra en Alemania, llega en 1947 desde la clase obrera de Dufton a la ciudad de Warley, en Yorkshire (modelada a partir de Bradford), para ocupar un puesto en la oficina del contable de la ciudad, a las órdenes del contable jefe, Hoylake. Se relaciona tanto con Alice Aisgill, "una mujer mayor" casada con un próspero hombre de negocios, como con Susan Brown, hija del hombre más rico y poderoso del lugar, casado a su vez con un miembro de la aristocracia. Abandona a Alice para casarse con Susan y así llega directamente a la "cima". Alice se suicida en un terrible accidente de coche. El joven Joe Lampton es fastidioso y se cuestiona a sí mismo, y tiene que ser empujado por su amigo Charles. La novela, pues, trata de la pérdida de la inocencia y de la ambigüedad y las contradicciones de los distintos tipos de amor: Joe ama de verdad a Susan, con la que se comporta de forma fastidiosa y protectora; su amor por Alice, una mujer experimentada y segura de sí misma, con un marido perfectamente decente, es una combinación de amistad y profunda sensualidad, y su separación final de ella se produce de forma tranquila y con naturalidad.10 También hay mucho sobre las circunstancias materiales de la Gran Bretaña de posguerra, incluidos algunos elementos más bien apagados de crítica social. El contenido sexual de la novela no es realmente más explícito que el de muchas de las publicadas a principios de siglo, pero es realista y naturalista, en cierto modo a la manera de William Cooper y Kingsley Amis, y aborda sin tapujos la realidad de las diferencias de clase y de ingresos. Después de cinco rechazos, la novela de Braine fue aceptada, contra mucha oposición interna, por los respetables editores Eyre y Spottiswood. Cuando se publicó en marzo de 1957, se reconoció inmediatamente que estaba en la escuela de Amis y Osborne: "Si quiere saber cómo sienten y reaccionan los jóvenes productos del Estado del Bienestar", escribió Richard Lester en el Evening Standard, "Room at the Top se lo dirá". Las ventas de tapa dura ascendieron a 34.000 ejemplares (a lo que contribuyó en gran medida una mención en el programa de televisión de la BBC Panorama), hubo una publicación por entregas en el Daily Express y se vendieron 125.000 ejemplares en una edición del Book Club; Penguin Books ofreció los derechos de edición en rústica el 7 de mayo, y el acuerdo se cerró el 15 de mayo de 1957.

El Movimiento había muerto, pero había expresado un punto de vista coherente, y su miembro más distinguido, Philip Larkin, consolidó una reputación como uno de los poetas ingleses más distinguidos de finales del siglo XX; el Angry Young Man siempre había sido una especie de invención de los medios de comunicación, pero por debajo de la fantasía había auténticas revueltas en la cultura británica: toda la fuerza de éstas sólo emerge en nuestro segundo período de estudio con, para empezar, la transformada Room at the Top de la versión cinematográfica.

Pero, al mismo tiempo, se estaban produciendo acontecimientos totalmente diferentes. La misma opulencia y extranjerismo a los que el Movimiento se había opuesto se celebraban con lujuria en las novelas que componían el Cuarteto de Alejandría de Lawrence Durrell: con el tipo de pretenciosidad que Amis se complacía personalmente en explotar, Durrell hablaba de su "propuesta de relatividad", que resultó no significar más que presentar las mismas situaciones desde los diferentes puntos de vista de los distintos participantes en la novela (algo que Joyce Cary, por ejemplo, ya había hecho con gran eficacia, aunque sin el lenguaje opulento). Nada menos provinciano que los escenarios de las novelas del nuevo escritor "serio" más aclamado de la década de 1950, William Golding (nacido en 1911), que escribió obras engañosamente naturalistas sobre situaciones profundamente antinaturales, que en realidad resultaron ser fábulas altamente simbólicas sobre la presencia del mal y las dificultades para alcanzar el bien. Golding, después de una respetable educación en la escuela primaria y en Oxford, el servicio de guerra en la Marina Real y muchos años como director de escuela con una inclinación teatral, llegó tarde a la escritura de novelas: es el epítome del escritor con un propósito moral serio, la producción y el consumo de sus libros poco afectados por la moda contemporánea y las consideraciones comerciales. El señor de las moscas (1954) es la deidad a la que un grupo de escolares, náufragos en una isla desierta, llegan a adorar mientras retroceden hacia una forma de sociedad tribal muy primitiva, muy cruel y jerárquica. Pincher Martin (1955) presenta a un marinero que naufraga en una roca donde lucha desesperadamente por la supervivencia; salvo que, en uno de los finales más impactantes de cualquier novela de la época, resulta que Pincher Martin ha estado muerto todo el tiempo, por lo que su lucha por justificarse debe haber tenido lugar en la otra vida. Los herederos (1956) muestra al hombre primitivo estableciendo brutalmente la sociedad y exterminando a sus antepasados neandertales, más suaves. Golding es un novelista del siglo XX, profundamente consciente de la inhumanidad del hombre hacia el hombre. Más tarde sería canonizado por el sistema educativo (otra forma de "mediación") que seleccionó El señor de las moscas como texto literario estándar de la literatura inglesa contemporánea; Golding, además, fue reconocido por la crítica como parte de la eflorescencia de la escritura novelesca más generalmente asociada con Amis, Murdoch y Wain (aunque, por supuesto, no tenía absolutamente nada en común con el primero y el tercero de ellos): pero sigue siendo difícil -y, de hecho, yo diría que erróneo- encontrar una explicación social clara para la aparición de William Golding.

Las influencias extranjeras se ejercieron directamente a través del teatro. Las traducciones de Jean Anouilh tuvieron éxito en el West End; hubo un público más especializado para Sartre y Brecht. A más largo plazo, el acontecimiento más importante de los años cincuenta en el desarrollo de la dramaturgia británica fue la presentación en 1955 de la traducción al inglés de una obra del irlandés expatriado Samuel Beckett (nacido en 1906), que escribía en francés. Se trataba de Esperando a Godot, una obra que parece consistir únicamente en las conversaciones de dos vagabundos sobre un tercer personaje que nunca aparece, y a la que se suele aplicar la conveniente etiqueta de "Teatro del Absurdo", ligeramente insatisfactoria. Durante el periodo que abarca este libro, Beckett fue el dramaturgo más innovador y verdaderamente modernista (Endgame, 1958; Krapp's Last Tape, 1958; Happy Days, 1961 - todas ellas presentadas en el Royal Court). Beckett se pregunta, en efecto, si en algún momento vale la pena vivir, y lo presenta no como una cuestión para el debate (que no tendría sentido), sino como una duda permanente. Su influencia en el teatro británico fue inmensa: él mismo no era, por supuesto, británico.

Por supuesto, abundaban los escritores que se dirigían a un mercado fácil. Agatha Christie (1890-1976) continuó produciendo historias de detectives de fórmula, astutamente concebidas para mantener al lector adivinando hasta el final, pero absolutamente sin mérito literario (aunque alabadas por el primer ministro laborista Clement Attlee, cuya temprana sensibilidad literaria se ocultaba ahora en una postura deliberativa de hombre del pueblo). C. S. Forester (1899-1966) siguió cosechando un enorme éxito comercial con sus obras sobre las hazañas de Horatio Hornblower en las guerras napoleónicas. Fue en los años cincuenta, cuando las bibliotecas de préstamo barato (a menudo anexas a las tiendas ordinarias) entraron en un declive terminal, cuando la empresa editorial Mills and Boon comenzó sus colosales y exitosas aventuras en rústica en la comercialización de romances ligeros. A menudo se decía que gran parte de la literatura de explotación más descarada, con detectives privados, sexo y violencia, procedía de Estados Unidos. Sin embargo, frente a la popularidad de, por ejemplo, Hank Jansen, se puede contraponer la de Peter Cheyney, que era inglés hasta la médula, y hacía que sus personajes hablaran el más extraño tipo de pidgin americano. Al mismo tiempo, los años cincuenta marcaron una etapa importante en el desarrollo contemporáneo por el que ciertos géneros de ficción (por ejemplo, las historias de crímenes, las historias de espionaje y la ciencia ficción) dejaron de ser rechazados con esnobismo como inadecuados para un tratamiento serio. Un importante precursor de lo que se conoció en los años sesenta como la nueva ola de la ciencia ficción fue John Wyndham (seudónimo de John Harris, 1903-69), con su El día de los trífidos (1951), The Craken Wakes (1953) y The Middwich Cuckoos (1957).

(This short story is taken from the collection of short stories from Alan Shillitoes’ The Long Distance Runner)

the expectations of the working classes

[N9. A Case Study: Alan Sillitoe's "The Fishing Boat Picture": ACT (instructure.com)](https://canvas.instructure.com/courses/987665/pages/n9-a-case-study-alan-sillitoes-the-fishing-boat-picture)

[Analysis of Alan Sillitoe’s Stories – Literary Theory and Criticism (literariness.org)](https://literariness.org/2020/06/23/analysis-of-alan-sillitoes-stories/)

“The Loneliness of the Long-Distance Runner,” the title story of Alan Sillitoe’s (4 March 1928 – 25 April 2010) first collection of short fiction, quickly became one of the most widely read stories of modern times. Its basic theme, that one must be true to one’s own instincts and beliefs despite intense social pressure to go against them, is echoed in many of his best-known stories, including “On Saturday Afternoon,” “The Ragman’s Daughter,” “The Good Women,” and “Pit Strike.” Such an attitude strikes a responsive chord in modern readers who feel hemmed in by the dictates of “official” bureaucracies and by government interference in their personal lives. It is important for Sillitoe’s characters to establish their independence in a conformist world, yet at the same time they often subscribe to a class-oriented code of values which pits the disadvantaged working class against the rest of society.

BIOGRAPHY

Alan Sillitoe was born on 4 March 1928 in Nottingham, England. He left school at the age of 14 and worked at the Raleigh Bicycle Factory (1942), and as an air traffic control assistant (1945-6). From 1946 to 1949 he served as an RAF (Royal Air Force) wireless operator in Malaya, and after demobilisation was hospitalised for 18 months with tuberculosis, during which time he began to write. Between 1952 and 1958 he travelled in France and Spain with the poet Ruth Fainlight, whom he married in 1959, and was encouraged to write by the poet Robert Graves whom he met in Majorca.  
  
Alan Sillitoe's first volume of poetry, Without Beer or Bread, was published in 1957, swiftly followed in 1958 by his first novel, the ground-breaking Saturday Night and Sunday Morning, a vivid portrait of masculinity and Nottinghamshire working-class life. It was awarded the Author's Club First Novel Award and was made into a film starring Albert Finney in 1960, and adapted as a stage play in 1964. The title story of his next book, The Loneliness of the Long-Distance Runner (1959), is narrated by a rebellious and angry Borstal boy. It won the Hawthornden Prize and was filmed in 1961 starring Tom Courtenay.  
  
A Start in Life (1970) and its sequel Life Goes On (1985); the semi-autobiographical Raw Material (1972), which examines working-class attitudes to the First World War and the Depression.

He also published several volumes of poetry, including Poems (1971), with Ted Hughes and Ruth Fainlight: Storm and Other Poems (1974), and Barbarians and Other Poems (1973). As well as adapting his own novels for film he also wrote the screenplay to Che Guevara (1968), and wrote stage and television plays. The City Adventures of Marmalade Jim (1967) was the first of several books for children. He also wrote a collection of autobiographical and critical essays, Mountains and Caverns: Selected Essays (1975); several travel books, including The Saxon Shore Way (1983), and a volume of autobiography, Life without Armour (1995).

Alan Sillitoe died in April 2010.

Critical perspective

Sillitoe was a contemporary of a so-called ‘Angry Young Men’ generation of writers (though he had more in common with playwright John Osbourne or even Keith Waterhouse than Kingsley Amis) who came to prominence in the late 1950s. He turned out to be the most durable of them all and certainly the most prolific: in addition to his many novels and short stories, he wote film scripts, a play, and a book on Nottinghamshire (with photographs by son David). Sillitoe’s fine Collected Poems (1993) draws upon his eight published volumes and indicates that poetry is an essential if under-appreciated part of his writing. His wife was the poet Ruth Fainlight.  
  
Sillitoe’s real distinction however lay in prose fiction, as a truly masterful storyteller. He used a deceptively simple vernacular style to get inside the feelings of his often combative or alienated characters, giving them a voice. He brought to light what has been called his ‘rare sense of the mysterious inwardness of people’. This quality is evident throughout his several volumes of stories, culminating in a Collected Stories (1995), whose contents give him claims to be one of Britain’s greatest ever short story writers. It opens with his most famous, ‘The Loneliness of the Long Distance Runner’ (from 1959), still an extraordinarily evocative monologue by a truly ‘angry young man’, a Borstal boy who finds mental freedom only during his daily cross-country run.

[Alan Sillitoe - Literature (britishcouncil.org)](https://literature.britishcouncil.org/writer/alan-sillitoe)

**Date:**

1953 - 1960

**Areas Of Involvement:**

[English literature](https://www.britannica.com/art/English-literature)

**Angry Young Men**, various British novelists and playwrights who emerged in the 1950s and expressed scorn and disaffection with the established sociopolitical order of their country. Their impatience and resentment were especially aroused by what they perceived as the hypocrisy and mediocrity of the upper and middle classes.

The Angry Young Men were a new breed of [intellectuals](https://www.merriam-webster.com/dictionary/intellectuals) who were mostly of working class or of lower middle-class origin. Some had been educated at the postwar red-brick universities at the state’s expense, though a few were from [Oxford](https://www.britannica.com/topic/University-of-Oxford). They shared an outspoken irreverence for the British class system, its traditional network of pedigreed families, and the elitist Oxford and [Cambridge](https://www.britannica.com/topic/University-of-Cambridge) universities. They showed an equally uninhibited [disdain](https://www.merriam-webster.com/dictionary/disdain) for the drabness of the postwar [welfare state](https://www.britannica.com/topic/welfare-state), and their writings frequently expressed raw anger and frustration as the postwar reforms failed to meet exalted [aspirations](https://www.merriam-webster.com/dictionary/aspirations) for genuine change.

The trend that was evident in [John Wain](https://www.britannica.com/biography/John-Barrington-Wain)’s novel Hurry on Down (1953) and in [Lucky Jim](https://www.britannica.com/topic/Lucky-Jim-novel-by-Amis) (1954) by [Kingsley Amis](https://www.britannica.com/biography/Kingsley-Amis) was crystallized in 1956 in the [play](https://www.britannica.com/art/dramatic-literature) [*Look Back in Anger*](https://www.britannica.com/topic/Look-Back-in-Anger), which became the representative work of the movement. When the Royal Court Theatre’s press agent described the play’s 26-year-old author [John Osborne](https://www.britannica.com/biography/John-Osborne) as an “angry young man,” the name was extended to all his contemporaries who expressed rage at the persistence of class distinctions, pride in their lower-class mannerisms, and dislike for anything highbrow or “phoney.” When [Sir Laurence Olivier](https://www.britannica.com/biography/Laurence-Olivier) played the leading role in Osborne’s second play, [The Entertainer](https://www.britannica.com/topic/The-Entertainer-play-by-Osborne) (1957), the Angry Young Men were acknowledged as the dominant literary force of the decade.

Their novels and plays typically feature a rootless, lower-middle or working-class male [protagonist](https://www.britannica.com/art/protagonist) who views society with scorn and [sardonic](https://www.merriam-webster.com/dictionary/sardonic) humour and may have conflicts with authority but who is nevertheless preoccupied with the quest for upward mobility.

# The Loneliness of the Long Distance Runner

film by Richardson [1962]

**The Loneliness of the Long Distance Runner**, British [film](https://www.britannica.com/art/motion-picture) drama, released in 1962, that was directed by [Tony Richardson](https://www.britannica.com/biography/Tony-Richardson) and featured the impressive screen debut of [Tom Courtenay](https://www.britannica.com/biography/Tom-Courtenay).

Courtenay played Colin Smith, a troubled young man sent to a [reform school](https://www.britannica.com/topic/reformatory) after he robs a bakery. A gifted runner, he is chosen to represent the institution in a key long-distance race against a prestigious school. Much of the story is told in flashback and inner monologue, revealing the thoughts of the young man as he struggles with his identity while incessantly practicing in preparation for the big race. The finale finds him enacting a startling gesture of defiance: he stops near the finish line and lets the other runners pass.

The Loneliness of the Long Distance Runner was based on a [short story](https://www.britannica.com/art/short-story) by [Alan Sillitoe](https://www.britannica.com/biography/Alan-Sillitoe), who also wrote the screenplay. It is a notable example of the “Angry Young Men” films that were popular in British cinema after [World War II](https://www.britannica.com/event/World-War-II).

[Alan Sillitoe | Biography & Novels | Britannica](https://www.britannica.com/biography/Alan-Sillitoe)

SUMARY

* "The Fishing-boat Picture":

In Nottingham, postman Harry looks back 28 years. His marriage to Kathy lasted six years before she left him for a housepainter. Ten years later she returned, having lost her vitality and seeming sad. She tells him the housepainter died from lead poisoning and asks for the eponymous picture. Harry gives it to her and finds later that she has pawned it. Kathy returns every week for six years to borrow money, which he gives her for old time's sake. She takes and pawns the picture again, but Harry doesn't buy it back. She dies in a lorry accident. At the funeral, Harry sees the housepainter alive.

Emergence of the “angry movement”. They were young poets that became novelists. They were against modernists poets and neoromantic poetry. They rejected the international poetry. Not traditional English style. The movement focussed on the realistic (style, ideas, settings…). The most prominent were **Philip Larkin** *(“The Whitsun Weddings”*) and **Kingsley Amis** (“*Lucky Jim*”).

Name “angry movement”:

A lot of people could not go to the university, as it was expensive. Not many people could afford the fees. Lot of this poets came from lower and middle class, as the education was cheaper, and students had help. They were angry with the class distinction. After the was the society was more egalitarian.

3 prominent writers: **Kingsley Amis** (“*Lucky Jim*”, *1954*), **John Braine** (“*Room at the Top*”), **John Wain** (“*Hurry on Down*”).

**Allan Sillitoe**: not a member of the “angry young men movement”, even thought there are angry people on his novel and class problems were involved. English settings, different from the “angry young men movement”. Liked to the social classes.

“*Saturday night and Sunday morning*” by **Allan Sillitoe**: describes the working class job and house working. The protagonists were men. The anger is different of the one of the movement. He helped his mother with housework and the protagonist had a party on the Saturday night. The drinking was hard so ended up drunk. He had fun with girls. “Social expectations”. The place is described. The man was angry with the society as a whole, but he is also angry with his father. There is this energetic angry man different from the other.

*“The Fishing-boat Picture”* by **Allan Sillitoe***:* a marriage that is not happy. He discovers that she was in financial troubles after their divorce. She wants the fishing boat picture, and he gives it to her. One day walking around he saw the picture in a pawnshop, and he buy it. She died and he discovers that she had been 6 years living with another man. There is not a lot of anger in this novel.

[Analysis of Alan Sillitoe’s Stories – Literary Theory and Criticism (literariness.org)](https://literariness.org/2020/06/23/analysis-of-alan-sillitoes-stories/)

N9. A Case Study: Alan Sillitoe's "The Fishing Boat Picture": ACT (instructure.com)

------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

A las siete y media ya estaban listos para salir. Martha había metido todo en el coche y los tres niños estaban debidamente vestidos y en el asiento trasero, con juegos educativos y galletas integrales. Cuando todo estaba listo en el coche, Martin apagaba la televisión, bajaba, cerraba la casa, por delante y por detrás, y tomaba el volante.

¡Fin de semana! Sólo dos horas de viaje hasta la casa de campo los viernes por la noche: tres horas de vuelta los domingos por la noche. Los placeres de la vegetación y los invitados entre medias. Se consideraban afortunados, ¡qué suerte!

Los viernes, Martha llegaba a casa en el autobús a las seis y doce y preparaba té y sándwiches para la familia: luego desarmaba cuatro camas y ponía las sábanas y las fundas de los edredones en la lavadora para el lunes: cogía la ropa de cama del cesto de la ropa de cama, los libros y los juegos, la comida del fin de semana -adquirida a intervalos a lo largo de la semana, para aligerar la carga-, su propia carpeta de trabajo de la oficina, los materiales de dibujo de Martin (ella era investigadora de mercado en una agencia de publicidad, él diseñador autónomo), los cepillos para el pelo, los vaqueros, las camisetas de repuesto, los antibióticos de Jolyon (sufría de dolores de garganta), la grabadora de Jenny, el reproductor de casetes de Jasper, etc. ¡Ah, el etcétera! - y lo metía todo, hábil y rápidamente, en el maletero. Durante la semana se podía dejar muy poco en la casa de campo. ("Una invitación abierta a los ladrones": Martin) Entonces Martha corría por la casa ordenando y limpiando, haciendo esto y aquello, encontrando el gato en casa de un vecino y entregándolo a otro, mientras los demás tomaban el té; y normalmente, orgullosa, lo tenía todo terminado para cuando se habían saciado. Martin acababa de coger el B B C a news, mientras Martha limpiaba la mesa del té, y los niños se lanzaban a por

las mejores posiciones en el coche. Martha", dijo Martin esta noche, "deberías hacer que la señora Hodder hiciera más cosas. Se aprovecha de ti".

La señora Hodder venía dos veces por semana a limpiar. Tenía más de setenta años. Cobraba dos libras por hora. Martha le pagaba con su propio sueldo: bueno, el funcionamiento de la casa era cosa de Martha. Si Marta decidía salir a trabajar -como estaba en su perfecto derecho, admitía Martin, aunque no fuera lo mejor para los niños, pero eso debía ser responsabilidad moral de Marta-, ésta debía pagarle a su sustituta doméstica. Una verdad evidente, que se oía alto y claro y que era frecuente en la boca de Martin y en el corazón de Martha.

`Supongo que tienes razón', dijo Martha. No quería discutir. Martin había tenido una larga y dura semana, y ahora tenía que conducir. Martha no podía. A Martha le habían suspendido el carné cuatro meses atrás por conducir ebria. Todo el mundo estaba de acuerdo en que la suspensión era injusta; Martha rara vez bebía en exceso: por un lado, solía estar demasiado ocupada sirviendo bebidas a otras personas o lavando los vasos de otras personas como para meterse mucho dentro. Pero Martin la había llevado a cenar el día de su cumpleaños, como era su costumbre, y el agotamiento y la excitación mezclados la habían vuelto imprudente, y antes de saber dónde estaba, por qué allí estaba, en el banquillo de los acusados, con una farola deformada que pagar y un nuevo capó para el coche y seis meses de suspensión.

Así que ahora Martin tenía que conducir su coche hasta la casa, y siempre estaba cansado los viernes, y acalorado y somnoliento los domingos, y cada traqueteo y golpe en el motor ella lo consideraba en cierto modo culpa suya.

Martin tenía un pequeño coche deportivo para Londres y el trabajo: podía entrar y salir del tráfico sin problemas: El de Martha era un viejo coche familiar, con espacio para los niños, las cestas de picnic, la ropa de cama, la comida, los juegos, las plantas, la bebida, la televisión portátil y todas las cosas que necesita la clase media para los fines de semana en el campo. El coche iba a paso de tortuga en lugar de a paso de cremallera y hacía que Martin se enfadara. Rara vez pronunciaba una palabra dura, pero Martha, a la manera de las esposas, podía detectar su estado de ánimo por lo que no decía y no por lo que decía, y por la inclinación de su cabeza y la forma en que sus ojos arrugados y alegres parecían más arrugados y alegres aún, y por supuesto por la forma en que se dirigía al coche de Martha.

"¡Venga, viejo cacharro! ¿No puedes hacerlo mejor? Eres demasiado viejo, ese es tu problema. Deja de quejarte. Siempre quejándote, es sólo una colina. Eres demasiado ancho de caderas. Nunca pasarás por ahí'.

Martha se preocupaba por su edad, su tendencia a quejarse y la anchura de sus caderas. Se tomó los comentarios como algo personal. ¿Tenía razón? Los niños no se dieron cuenta de nada: sólo era divertido que papá se riera animadamente del coche de mamá. Mami, condenada por conducir ebria. Mamá, con las raíces de la melancolía en algún lugar profundo bajo el bullicioso, ocupado y cotidiano yo. Ocupada: ¡ah, tan ocupada!

Martin sólo se reiría si ella dijera algo sobre la forma en que le hablaba a su coche y le advertiría contra la paranoia. "No te pongas como tu madre, cariño". La madre de Martha, hacia el final, había pensado que la gente conspiraba contra ella. La madre de Martha había llevado una vida apartada y desconfiada, y había hecho de la infancia de Martha una época fría y solitaria. La vida actual, en comparación, era maravillosa para Martha. Gente, niños, casas, conversaciones, comida, bebida, teatros, incluso, ahora, una carrera. Martin se interponía entre ella y la hostilidad del mundo: un Martin popular, fácil y divertido, que atraía al resto del mundo.

Ah, estaba agradecida: la pequeña y seria Martha, con sus maneras tímidas y su afición a aprobar exámenes aburridos, ¡cómo había florecido su vida! Tres hijos también: Jasper, Jenny y Jolyon, todos con la frente ancha y las miradas abiertas de Martin, y la confianza nacida de su amor y cuidado, y el trabajo que había puesto en ellos desde el amanecer de sus días.

Martin conduce. Martha, por una vez, duerme.

La comida adecuada, las palabras adecuadas, el juego adecuado. Médicos para las amígdalas: dentistas para las muelas. Confiscar armas: censurar la televisión: fomentar la creatividad. Pinturas y papel a mano: libros en las estanterías: reuniones con profesores. Profesores de música. Clases de baile. Fiestas. Amigos para el té. Obras de teatro en la escuela. Jornadas de puertas abiertas. Orquesta juvenil.

Martha se despierta de golpe. Semáforos. A Martin no le gusta que Martha duerma mientras conduce.

La ropa. ¡Oh, la ropa! No puedo ponerme esto: debo ponerme aquello. Tiendas de ropa. Montones de ropa en los rincones: debidamente lavada, pero esperando a ser planchada, esperando a ser guardada.

Sacar los montones del suelo, en los cestos de la ropa sucia. A Martin no le gusta el desorden.

La creatividad surge del orden, no del caos. Cinco años de baja laboral mientras los niños eran pequeños: vuelta al trabajo con la antigüedad perdida. ¿Qué, pensabas que algo era para nada? Si tienes hijos, madre, esa es tu recompensa. No está en el mundo.

¿Has tomado suficiente comida? Siempre es difícil de juzgar.

Comida. ¡Oh, comida! Compra en la hora del almuerzo. Llevar todo a casa. Cocinar para el congelador los miércoles por la noche mientras Martin está en su clase nocturna de mantenimiento de coches, y no está allí para notar que estás intranquila. A Martin le gusta que te sientes por las tardes. Fruta, carne, verduras, harina para el pan casero. El pan de la tienda está lleno de contaminantes. La comida congelada, incluso la propia, pierde sabor. Martin lo comenta a menudo. Condimentos. A todo el mundo le gusta el chutney de mango. ¡Pero el gasto!

Aeropuerto de Londres a la izquierda. ¡Miren, miren, niños! ¿Concorde? No, idiota, claro que no es el Concorde.

¡Ah, ser todo para todos: hijos, marido, empleador, amigos! Se puede hacer: sí, se puede: súper mujer.

Bebe. Vino casero. ¿Por qué no? Las bayas de saúco crecen densas y ricas en Londres: y al menos sabes lo que contiene. Guárdalo en armarios altos: mucho espacio: arriba y abajo de la escalera. ¡Cuidado! No te resbales. No rompas nada.

Los accidentes no existen. Los accidentes son deslices freudianos: son cosas voluntarias, de mal humor.

Martin no soporta el mal humor. A Martin le gustan las mujeres delgadas. La dieta. Martin prefiere a su secretaria. Dieta. Martin admira las piernas delgadas y los pechos grandes. ¿Cómo conseguir ambas cosas? Imposible. Pero intenta, oh intenta, ser lo que deberías ser, no lo que eres. Por dentro y por fuera.

Martin trae flores y chocolates: lleva a Martha a los fines de semana de vacaciones. ¡Maravilloso! El mejor marido del mundo: mira en sus ojos arrugados, alegres y suaves; míralo allí. Entonces la boca se inclina en una especie de mohín. No importa. Mira a los ojos. El amor. Debe ser amor. Te casaste con él. Con usted. Seguramente mereces el verdadero amor.

La llanura de Salisbury. Stonehenge. ¡Mirad, niños, mirad! Madre, hemos visto Stonehenge cientos de veces. Vuelve a dormir.

¡Cocinero! Ah, cocinero. A la gente le encanta venir a las cenas de Martin y Martha. Resuélvelo en tu cabeza en la hora del almuerzo. Si llegas a las seis y doce. puedes sellar la carne mientras bates la clara del huevo mientras das de comer al gato mientras pones la mesa mientras ensartas las judías mientras pones el queso, queso de cabra, a Martin le encanta el queso de cabra, a Martha le gusta el queso de cabra - oh, cama, sueño, paz, tranquilidad.

¡Sexo! Ah, el sexo. Orgasmo, por favor. Martin lo requiere. Bueno, tú también. Ana, no quieres que su secretaria te proporcione una pasión que no has desarrollado. ¿Verdad? Rápido, rápido, el vínculo cósmico. El amor. Amor conyugal.

¡Secretario! Probablemente una vulgar sospecha: nada más. Probablemente un ataque de paranoia, a la madre, ahora muerta y desaparecida.

En paz.

RIP.

Madre fría y solitaria, siguiendo sus sospechas hasta donde le llevaban.

Ya casi llegamos, niños. Casi en el paraíso, casi en la casa de campo. Toma otra galleta.

Rosas reales alrededor de la puerta.

Rosas. Podar, desherbar, rociar, alimentar, recoger. Evita las espinas. Una de las pocas palabras duras de Martin.

"¡Martha, no puedes no querer rosas! ¿Con qué clase de persona estoy casado? ¿Una personalidad anti rosas?'

Hierba verde. Oh, Dios, hierba. La hierba debe ser cortada. Céspedes tranquilos, margaritas que se agitan, ranúnculos que brillan. Las rosas y la hierba y los libros. Libros.

Por favor, Martin, ¿tenemos que tener los doscientos libros, la mayoría primeras ediciones de los años veinte, comprados en la venta de libros de Christie's en una de tus tardes libres? Hay que quitarle el polvo a los libros.

Risas de Martin, Jasper, Jenny y Jolyon. Mamá dice que no deberíamos tener los libros: ¡los ganchos necesitan polvo!

Rosas, hierba verde, libros y paz.

Martha se despertó con un sobresalto cuando llegaron a la casa de campo, y dio un pequeño grito que los hizo reír a todos. El grito de mamá al despertar, lo llamaron.

Luego había que desembalar el coche y preparar las camas, conectar la electricidad, preparar la cena y quitar las telarañas, mientras Martin hacía el fuego. Luego, la cena: chuletas de cerdo con salsa agridulce ("El cerdo es una carne tan aburrida si no se cocina bien": Martin), ensalada verde del jardín, o la ensalada verde que habían dejado los conejos ("Martha, ¿realmente les pusiste la red? ¡Sé sincera!": Martin) y patatas salteadas. El puré de patatas es tan pesado y ordinario, y el puré instantáneo es impensable. Los niños estudiaron el cielo nocturno con la ayuda de su mapa de estrellas. Unos niños maravillosos y gratificantes.

A continuación, la cena: poner a fermentar la masa para el pan: Martin ya en la cama: agotado por el viaje y por encender el fuego. (`Martha, tenemos que apilar bien los troncos. Haz que los niños lo hagan, ¿quieres? Martin) Barrer y ordenar: poner bien la antena de televisión. Sube los vaqueros de Jasper donde se ha deshecho el dobladillo. (`No puede ir así, Martha. Ni siquiera Jasper': Martin)

Medianoche. Buenas noches. Los invitados del fin de semana llegan por la mañana. Siete para el almuerzo y la cena del sábado. Siete para el desayuno del domingo, nueve para la comida del domingo. (`No te preocupes, cariño. Siempre haces mucho ruido': Martin) Oh, Dios, he olvidado el exprimidor de ajos. Eso significa diez minutos con el dorso de una cuchara y sal. Bueno, ¿quién quiere grumos de ajo? Nadie. No los invitados de Martin. Martin lo dijo. Duerme.

Colin y Katie. Colin es el amigo más antiguo de Martin. Katie es su nueva y joven esposa. Janet, la otra esposa anterior de Colin, era amiga de Martha. Janet era más bien como Martha, más tranquila y aburrida que su marido. Un regaño y una lata, pensaba más bien Martin, y decía, y por supuesto que se dejaba llevar, todos estaban de acuerdo. Nadie excusó exactamente a Colin por haberse ido, pero se podía ver la tentación.

Katie contra Janet.

Katie era lánguida, hermosa y elegante. Hablaba de forma pausada. Sus manos eran expresivas: sus pies eran pequeños y femeninos. No tenía hijos.

Janet caminaba con pies muy planos y bastante grandes. Había algo malo en ellos. Se le salían un poco cuando caminaba. Tenía dos hijos. Era, francamente, aburrida. Pero a Martha le gustaba: cuando Janet bajaba a la casa, se lavaba. No como la mayoría de los huéspedes, que lavan con diligencia y ponen todo en el escurridor, sino que lo secan y lo guardan. Y Janet lavaba la bañera y sentaba a los niños, con sillas para todos, incluso para los más pequeños, y los mantenía callados y satisfechos para que los adultos -bueno, los hombres- pudieran seguir con su conversación y sus bromas y su amor por los fines de semana en el campo, mientras Janet miraba al espacio, como agradecida por el descanso, muy feliz.

Janet también se dedicaba a la jardinería. Deshierbaba las fresas, mientras los hombres salían a pasear; sus grandes pies se mantenían firmes y cuadrados y a veces aplastaban alguna planta, pero no importaba, oh, no importaba. La encantadora Janet; que entendía.

Ahora Janet se había ido y aquí estaba Katie.

Katie hablaba con los hombres y salía a pasear con ellos, y movía su cenicero con bastante impaciencia cuando Martha intentaba limpiar las bebidas a su alrededor.

Los platos eran aburridos, insinuaba Katie por su forma de ser, y la domesticidad era aburrida, y cualquiera que se molestara en ese tipo de cosas era un tonto. Como Martha. La ceniza debía quedarse donde estaba, aunque fuera en la mantequilla, y las conversaciones nunca debían ser interrumpidas.

Toc, toc. Katie y Colin llegaron a la una y cuarto de la mañana del sábado, justo después de que Martha se hubiera acostado. "¿No te importa? Era la luz de la luna. No pudimos resistirnos. Deberíais haber visto Stonehenge. ¿No te molestamos? ¡Qué madrugadores!

Martha preparó una comida rápida de tortillas. Los huevos del sábado por la noche. (`Martha hace una tortilla preciosa': Martin) (`Cariño, haz una de tus tortillas de setas: cocina las setas por separado, recuerda, con limón. Si no, el agua de las setas se mete en el huevo y lo estropea todo'). Setas para la cena del domingo. Pero no hay que decir nada.

Martin se había reanimado maravillosamente al ver a Colin y Katie. Sacó la botella de whisky. Vasos. Hielo. Jarra para el agua. Espera. Lava otro fregadero, cuando hayan terminado. 2 a.m.

"No lo hagas esta noche, cariño".

"Sólo será un segundo". Sonrisa brillante, ni una pizca de autocompasión. La autocompasión puede arruinar el fin de semana de todos.

Martha sabe que para que el desayuno de los siete sea manejable, el fregadero debe estar limpio de platos. Una comida complicada, el desayuno. Especialmente si el bacon, los huevos y los tomates deben cocinarse en sartenes distintas. ("¡Sartenes separadas significan sabores separados!": Martin)

Está corriendo en camisón. Si hubiera sido Katie... pero hay algo muy práctico en Martha. Es tranquilizador, pero el camisón escaso y la grupa ancha y los treinta y ocho años son bastante embarazosos. Martha puede verlo en los ojos de Colin y Katie. También en los de Martin. Martha desearía no ver tanto en los ojos de los demás. Su madre también lo hacía. Querida madre muerta. ¿Te juzgué mal?

Era el segundo fin de semana que Katie iba con Colin, pero sin Janet. Colin era fotógrafo: Katie había sido su accesorio. Primero Colin y Janet: luego Colin, Janet y Katie: ¡ahora Colin y Katie!

Katie escardaba con guantes de goma y arrancaba pensamientos en lugar de malas hierbas, y se reía y reía con todos cuando se le señalaba su error, pero los pensamientos morían. Bueno, Colin se había vuelto con los años bastante rico y bastante famoso, y ¿qué quiere un hombre bastante rico y famoso con una esposa como Janet cuando Katie está a mano?

En el primero de los fines de semana Colin/Janet/Katie, Katie había aparecido del baño. `Digo yo', dijo Katie, tendiendo una toalla húmeda con evidente desagrado, `sólo encuentro esto. ¿No hay esperanza de una seca? Y Martha corrió a buscar una toalla seca y, sorprendentemente, encontró una y se la entregó a Katie, que le dedicó una brillante sonrisa y dijo: "No soporto las toallas húmedas. Cualquier cosa en el mundo menos las toallas húmedas", como si le hablara a una sirvienta en una época de escasez de personal, y tomó toda el agua para que no quedara ninguna para que Martha se lavara.

El problema, por supuesto, era secar cualquier cosa en la casa de campo. No había instalaciones para hacerlo, y Martin tenía horror a los tendederos que podían estropear la vista. Se esforzaba y trabajaba toda la semana en la ciudad simplemente para tener una vista del campo el fin de semana. Era ridículo estropearla con toallas mojadas. Pero ahora Martha había comprado más toallas, así que quizás todos podrían estar satisfechos. El domingo por la tarde se llevaría nueve toallas húmedas en una bolsa de plástico y se encargaría de ellas en Londres.

Ese sábado por la mañana, justo después del desayuno, Katie fue al coche -ella y Colin tenían un nuevo Lamborghini; es difícil imaginar a Katie en algo más aburrido- y volvió agitando una nueva toalla de Yves St Laurent. "¡Mira! He traído la mía, queridos".

No habían traído nada más. Ni fruta, ni carne, ni verduras, ni siquiera pan, ni mucho menos una caja de bombones. La noche anterior se habían ido a la cama con presteza, y la habitación de invitados se balanceaba y pesaba: bueno, ¿quién querría lavar los platos cuando se puede hacer eso, pero qué pasa con los niños? ¿Se confundirían? Primero Colin y Janet, ahora Colin y Katie.

Martha murmuró algo de sus pensamientos a Martin, que parecía bastante sorprendido. `Colin es mi mejor amigo. No espero que traiga nada', y Martha se sintió mal. Y por Dios, no puedes proteger a los niños del sexo para siempre: no seas tan mojigata', de modo que Martha también se sintió estúpida. Malvada, quejosa y estúpida.

Janet había llamado a Martha durante la semana. La casa había sido vendida por encima de sus posibilidades, y ella y los niños habían sido trasladados a un pequeño piso. Katie intentaba convencer a Colin de que le redujera la asignación, dijo Janet.

No sirve de nada ser materialista', confió Katie. No tengo nada. No tengo casa, ni familia, ni vínculos, ni posesiones. Mírame. Sólo yo y una maleta de ropa'. Pero Katie parecía muy satisfecha con el yo, y la ropa era estupenda. Katie bebió mucho y se puso divertida. Todo el mundo se reía, incluida Martha. Katie se había casado dos veces. Martha se maravillaba de cómo alguien podía llegar a los treinta años sin nada en absoluto, ni marido, ni hijos, ni propiedades y no importarle.

Eso sí, Martha podía ver el poder de esa impotencia. Si Colin era todo lo que Katie tenía en el mundo, ¿cómo podía Colin abandonarla? ¿Y a qué? ¿A dónde iría ella? ¿Cómo iba a vivir? Oh, la inteligente Katie.

Mi taza de té está sucia", dijo Katie, y Martha corrió a limpiarla, disculpándose, y Martin levantó las cejas, a Martha, no a Katie.

Me gustaría que te pusieras perfume", le dijo Martin a Martha, en tono de reproche. Katie usaba mucho. Martha nunca parecía tener tiempo para ponerse nada, aunque Martin le compraba un frasco tras otro. Martha se levantaba de la cama cada mañana para hacer frente a alguna emergencia: un gato que maullaba, un niño que tosía, un despertador defectuoso, la llamada del cartero... ¿cuándo iba a perfumarse Martha? A Martin le molestaba igualmente. Debería hacer algo más para seducirle.

Colin tenía un aspecto atractivo y afligido y era más joven que Martin, aunque tenían casi la misma edad. "La juventud atrapa", dijo Martin en la cama aquella noche. "Es desde que encontró a Katie". Encontrada, como un tesoro. Descubierto; algo excitante y maravilloso, en el lúgubre mundo de los cónyuges establecidos.

El sábado por la mañana Jasper pisó un trozo de madera (`Martha, ¿por qué no lleva zapatos? Es una pena': Martin) y Martha lo llevó al hospital para que le quitaran una fea astilla. Salió de la casa a las diez y regresó a la una, y todavía estaban sentados al sol, bebiendo, con las botellas vacías brillando en la larga hierba. La hierba no había sido cortada. No olvides las botellas. Los cristales rotos significan más mañanas en el hospital. No te preocupes. Diviértete. Como otras personas. Inténtalo.

Pero no hay patatas peladas, ni desayuno despejado, nada. Las colillas de los cigarrillos seguían entre las tostadas viejas, la corteza del tocino y la mermelada. "Podrías haber hecho las patatas", estalló Martha. ¡Oh, mal carácter! Primer pecado. La miraron con asombro y desagrado. Martin también.

"Dios mío", dijo Katie. ¿Vamos a hacer la comida del domingo el sábado? ¿Patatas? Hace años que no como patatas. ¡Maravilloso!

"Los niños lo esperan", dijo Martha.

Y así fue. La comida del sábado y del domingo brillaban como faros tranquilizadores en sus vidas. Comida del sábado: comida familiar: pescado y patatas fritas. (`Mucho mejor cocinado en casa que comprado': Martin) Domingo. Por lo general, carne asada, patatas, guisantes, pastel de manzana. Oh, por supuesto. Pudín de Yorkshire. Siempre un problema con la temperatura del horno. Cuando la carne va despacio, el Yorkshire debe ir rápido. ¿Cómo se consigue eso? Como un gran pecho y pequeñas caderas.

`Sólo relájate,' dijo Martin. `Yo cocinaré la cena, todo a su tiempo. Las astillas siempre salen solas: no hacía falta llevarlo al hospital. Deja que la vida te lleve, mi amor. Fluye con las olas, ese es el camino'.

Y Martin le dirigió a Martha una sonrisa distante y espiritual. Su mano se posó en el delgado brazo marrón de Katie, con sus muchas bandas de oro.

"De todos modos, haces demasiado por los niños", dijo Martin. No es bueno para ellos. Tómate un trago'.

Así que Martha se sentó incómodamente en el escalón y tomó un vaso de sidra, y se preguntó cómo, si el almuerzo se iba a retrasar, conseguiría limpiar y sacar la carne del adobo para la cena más bien formal que se esperaba esa noche. El cordero marinado debía cocinarse durante al menos cuatro horas en un horno bajo; y el horno de la casa de campo era muy pequeño, y no se podía usar eso y la parrilla al mismo tiempo y a Martin le gustaba el pescado a la parrilla, no frito. Menos colesterol.

No dijo tanto. Detalles domésticos como éste eran muy aburridos, y cualquier leve queja era registrada por Martin como una escena. Y hacer una escena era muy ingrato.

Esta era la vida. Bueno, ¿no es así? Amigos elegantes en coches grandes y vida en el campo y bebidas antes de la comida y rosas y el canto de los pájaros ¬¬ No bebas demasiado -dijo Martin, y les habló del permiso de conducir suspendido de Martha.

Los niños tenían hambre, así que Martha les abrió una lata de alubias y salchichas y la calentó. (`Martha, ¿tienen que comer esa porquería? ¿No pueden esperar?': Martin)

Katie tenía hambre: lo dijo para que los niños se quedaran con cara de circunstancias. Era encantadora con los niños, con la mayoría de los niños. No le gustaban especialmente los niños de Colin y Janet. Ella lo decía, y él lo aceptaba. Ahora sólo los veía una vez al mes, no una vez a la semana.

`Déjame hacer la comida', le dijo Katie a Martha. `¡Haces tanto, pobrecita!'

Y sacó de la nevera todas las cosas que Martha había guardado para el almuerzo del día siguiente: queso Camembert y ensalada y salami, e hizo una maravillosa ensalada de tomate en dos minutos y abrió el vino blanco: "No está muy frío, cariño. ¿No debería estar frío?" y lo tuvo todo en la mesa en cinco increíbles y competentes minutos. "Eso es todo lo que necesitamos, cariño", dijo Martin. "¡Eres divertido con tus sábados de pescado y patatas! ¿Qué podría ser más agradable que esto? ¿O más sencillo?

Nada, excepto que el almuerzo buffet del domingo para nueve personas se había acabado, en lugar del pescado para seis del sábado, y ¿se estiraría el pescado? No. Katie había bebido mucho. Le dio un picotazo a Martha en la frente. "Pequeña y graciosa Martha", dijo. "Me recuerda a Janet. Me gusta mucho Janet'. Colin no quería que le recordaran a Janet, y lo dijo. "Cariño, Janet es un hecho", dijo Katie. Si pensaras más en ella, podrías pagarle menos'. Y bostezó y estiró su cuerpo delgado y sin hijos y sonrió a Colin con sus ojos de niña traviesa y atrayente, y Martin la observó con admiración.

Martha se levantó, los dejó y cogió un bote de pintura y puso una capa de blanco brillante en la pared del baño. La superficie blanca le gustó. Era buena pintando. Consiguió una superficie lisa y uniforme. Le dolían las piernas. Temía que le salieran varices.

Fuera, en el jardín, los niños jugaban al bádminton. Estaban malhumorados, pero se sentían aliviados de poder levantar la vista y ver a su madre trabajando, como de costumbre: haciendo que sus vidas fueran cada vez mejores y más agradables: organizando, planificando, pensando en el futuro, esquivando el desastre, haciendo preparativos, como una madre gallina, alborotando e irritando: parte del aburrido paisaje natural del mundo.

El sábado por la noche Katie se acostó temprano: se levantó de la silla, se estiró y bostezó y asomó la cabeza a la cocina, donde Martha estaba lavando cacerolas. Colin había recogido la mesa y Katie había doblado las servilletas en bonitos pliegues, mientras Martin soplaba en el fuego, para darle brillo. Buenas noches", dijo Katie.

Katie apareció tres minutos más tarde, mostrando con reproche su toalla Yves St Laurent, empapada. "Oh, querida", gritó Martha. "¡Jenny debe haberse lavado el pelo! Y Martha se vio obligada a sacar a Jenny de la cama para reprenderla, públicamente, aunque sólo fuera para demostrar que sabía lo que era correcto y adecuado. Eso significaba que Jenny se enfurruñaba todo el fin de semana, y eso significaba una golosina o una excursión a mitad de semana, o si no, a la semana siguiente tendría un ataque de asma. "Molestas demasiado a los niños", dijo Martin. Por eso Jenny tiene asma". Jenny era bastante agradable de ver, pero no impresionante. ¿Quizás era una decepción para su padre? Martin nunca lo diría, pero Martha temía que lo pensara.

Un huevo y una naranja cada niño, cada día. Así nada malo saldría mal. Y no lo había hecho. El asma era muy leve. Un ambiente tranquilo y sosegado, decía el médico. Ah, sonríe, Martha sonríe. La felicidad doméstica depende de ti. 21 x 52 naranjas al año. Cada una debe ser comprada, llevada, pelada y lavada después. Y qué decir de las patatas. ¿12 x 52 libras al año? A Martin le gustaban las patatas cuidadosamente peladas. No podía soportar encontrar pequeños núcleos de negro en el bocado. (`Bueno, no es muy agradable, ¿verdad?': Martin).

Martha soñó que comía carbón, a puñados, y que le gustaba.

El sábado por la noche. Martin le hizo el amor a Martha tres veces. ¿Tres veces? Qué viril era, y claramente excitado por los sonidos de la habitación de invitados. Martin dijo que la amaba. Martin siempre lo hizo. Era un amante cortés; conocía la importancia de los juegos previos. Así lo hizo Martha. Tres veces.

Ah, el sueño. Jolyon tuvo una pesadilla. A Jenny la despertó una polilla. Martin durmió todo. Martha se paseó por la casa durante la noche. Había luna. Se sentó en la ventana y contempló la noche de verano durante cinco minutos, y se sintió en paz, y luego volvió a la cama porque debería estar fresca para la mañana.

Pero no lo estaba. Durmió hasta tarde. Los otros salieron a dar un paseo. Habían dejado una nota, una nota considerada: "No te he despertado. Parecías cansada. Desayuné en frío para no ensuciar demasiado. Deja todo hasta que volvamos'. Pero eran las diez, y los invitados llegaban a mediodía, así que recogió el pan, la mantequilla, las migas, las manchas, la mermelada, las cucharas, el azúcar derramado, los cereales, la leche (agria ya) y los platos sucios, y barrió el suelo, y ordenó rápidamente, y tomó una taza de café, y se preparó para hacer un plato de arroz y pescado, y una mousse de chocolate y se sentó en el centro a comer un montón de pan y mermelada ella misma. Caderas anchas. Recordó el trabajo de oficina en su expediente y supo que no podría hacerlo. De todos modos, Martin pensó que era ridículo que ella trajera trabajo los fines de semana. "Son tus vacaciones", decía. "¿Por qué deberían imponerlo? Martha amaba su trabajo. No tenía que sonreír. Simplemente lo hacía.

Katie volvía disgustada y llorando. Se sentó en la cocina mientras Martha trabajaba y bebió un vaso tras otro de ginebra y limón amargo. A Katie le gustaba el hielo y el limón en la ginebra. Martha pagó toda la bebida con su sueldo. Era parte del trato entre ella y Martin, el contrato por el que salía a trabajar. Todas las cosas para animar el espíritu, de otro modo deprimido por una esposa y madre trabajadora, debían ser pagadas por Martha. La bebida, las vacaciones, la gasolina, las salidas, los pudines, la electricidad, la calefacción: era toda una broma entre ellos. No había ninguna diferencia: al fin y al cabo, era su dinero común. Era increíble cómo el sueldo de Marta iba subiendo, casi hasta alcanzar el de Martín. Un día la superarían. ¿Y luego qué?

El trabajo, sinceramente, era un juego de niños.

De todos modos, la pobre Katie estaba llorando. Colin, había descubierto, guardaba una fotografía de Janet y los niños en su cartera. "No está libre de ella. Finge que lo está, pero no lo está. Ella lo tiene estrangulado. Son los niños. Sus malditos hijos. La llorona Mary y esa pequeña asquerosa Joanna. Es todo lo que piensa. "No soy nadie".

Pero Katie no lo creyó. Ella sabía que era alguien. Colin entró, furioso. Sacó la fotografía y le prendió fuego, amargamente, con una cerilla. Se hicieron humo. Mary, Joanna y Janet. Las cenizas cayeron al suelo (Martha las barrió cuando Colin y Katie se fueron. No parecía muy educado hacerlo cuando todavía estaban allí). "Vuelve con ella", dijo Katie. Vuelve con ella. No me importa. Sinceramente, prefiero estar sola. Eres una cosa bonita y anticuada. Entonces, vete. Haz lo tuyo, yo haré lo mío. ¿A quién le importa?

`¡Cristo, Katie, el alboroto! Ella sólo está en la foto. No está ahí a propósito para molestar. Y me siento mal por ella. Lo ha pasado mal.

"¿Y tú no, Colin? Ella retuerce un bonito cuchillo, te lo aseguro. ¿No tienes tú también derechos? Por no hablar de mí. ¿Es demasiado esperar un poco de lealtad?'

Se reconciliaron antes del almuerzo, en la habitación de invitados. Harry y Beryl Elder llegaron a las doce y media. A Harry no le gustaba apresurarse los domingos; Beryl se apresuró a disculparse por su tardanza. Habían traído alcachofas de su jardín. `Maravilloso', gritó Martin. ¿Frutos de la tierra? ¡Vamos a tomar una sopa maravillosa! No te preocupes, Martha. Yo lo haré'.

"No te preocupes". Martha claramente no había sonreído lo suficiente. Ella estaba en peligro, Martin insinuó, de arruinar el fin de semana de todos. En breve hubo una emergencia en el jardín -un olmo que probablemente había contraído la enfermedad del olmo holandés- y Martha terminó las alcachofas. La tapa de la batidora salió volando y había puré de alcachofas por todas partes. Vamos a comer fuera", dijo Colin. Menos trabajo para Martha".

Martin frunció el ceño al ver a Martha: la apariencia de martirio ante los invitados le parecía una ofensa imperdonable.

Todos se unieron alegremente a sacar los muebles, pero la experiencia de Martha era que nadie ayudaba a meterlos de nuevo.

A Jolyon le picó una avispa. Jasper estornudó y estornudó por la fiebre del heno y no pudo encontrar los pañuelos de papel y no quiso usar papel higiénico. ("¿Seguro que te has acordado de los pañuelos, cariño?": Martin)

Beryl Elder era agradable. Es estupendo comer fuera", dijo, mientras buscaba la nata para su pudin, y Martha pescaba una mosca del Brie que se estaba licuando. Pero al menos no soy yo'. Beryl también trabajaba, como secretaria, para enviar a los niños al internado, donde preferiría que no estuvieran. Pero su marido era de una familia bastante grande, y ella sólo había sido mecanógrafa cuando se casó con ella, así que su vida era un cúmulo de compensaciones, de una forma u otra. Últimamente, Harry había optado por abandonar la carrera de la bolsa y convertirse en artista, eligiendo la integridad en lugar del dinero, pero esa elección era sólo suya y, por supuesto, no podía infligirse a los chicos.

Katie encontró el plato de pescado y arroz bastante extraño, jugueteó con el tenedor y habló de los restaurantes italianos que conocía. Martin se quedó tumbado tomando el sol: llorando, `Oh, esto es vida'. Hizo café, noblemente, y la tapa voló del molinillo y hubo granos de café por toda la cocina, especialmente entre la hilera de libros de cocina que Martin regaló a Martha por Navidad. Al menos no había que traerlos cada fin de semana. (`Los ladrones no tendrán el sentido común de robarlos': Martin)

Beryl se quedó dormida y Katie la observó, extrañada. Beryl tenía la boca abierta y un montón de empastes, y sus tobillos eran gruesos y su cintura se iba, y no se cuidaba. `Me encantan las mujeres', suspiró Katie. Se ven tan maravillosas dormidas. Ojalá pudiera ser una madre terrestre'.

Beryl se despertó con un sobresalto y regañó a su marido para que volviera a casa, cosa que claramente no quería hacer, así que no lo hizo. Beryl pensó que tenía que volver porque su madre vendría más tarde. ¡Tonterías! Entonces Beryl trató de impedir que Harry bebiera más vino casero y todos se rieron de él. Él conducía, Beryl no podía, y tenía una fea cicatriz en la sien de un anterior accidente de tráfico. No importa.

`Ella viene con fuerza, pobre alma', se rió Katie cuando finalmente se fueron. Nunca me voy a casar", y Colin la miró con anhelo porque deseaba casarse con ella más que nada en el mundo, y Martha despejó las tazas de café.

No hagas eso", dijo Katie, "siéntate, Martha, nos haces sentir mal a todos", y Martin miró a Martha, que se sentó, y Jenny la llamó, y Martha subió las escaleras, y Jenny había empezado su primer período, y Martha lloraba y lloraba, y sabía que debía parar, porque ésta debía ser una ocasión de alegría para Jenny, o todo su futuro se vería arruinado; pero por una vez, Martha no podía.

Su hija Jenny: esposa, madre, amiga.

---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

DAVID LODGE: HOTEL DES BOOBS

`¡Hotel des Pins!' dijo Harry. Más bien Hotel des Boobs'.

"Aléjate de esa ventana", dijo Brenda. "Deja de comportarte como un mirón".

¿Qué quieres decir con "mirón"? dijo Harry, mientras seguía mirando la zona de la piscina a través de las persianas de su habitación. Un mirón es alguien que interfiere en la intimidad de otra persona'.

"Este es un hotel privado".

`Hotel des Tits. Hotel des Bristols. ¡Eh, no está mal! Giró la cabeza para mostrar una sonrisa en la habitación. `Hotel Bristols, en plural. ¿Ah, sí?

Si Brenda lo entendió, no estaba impresionada. Harry retomó su reloj. No estoy interfiriendo en la intimidad de nadie", dijo. Si no quieren que la gente les mire las tetas, ¿por qué no se las tapan?

`Bueno, ve y mira, entonces. No mires. Baja a la piscina y mira bien'. Brenda se pasó un peine por el pelo con rabia. "Haz una inspección".

Vas a tener que hacer topless, sabes, Brenda, antes de que acaben las vacaciones'.

Brenda resopló con sorna.

¿Por qué no? No tienes nada de qué avergonzarte'. Volvió a girar la cabeza para mirarla con ánimo. "Sigues teniendo un buen par". "Muchas gracias, estoy segura", dijo Brenda. Pero tengo la intención de mantenerlos cubiertos como siempre'.

"Cuando se está en Roma", dijo Harry.

"Esto no es Roma, es la Costa Azul".

"Costa de las Tetas", dijo Harry. "Cote des Knockers".

Si hubiera sabido que ibas a seguir así", dijo Brenda, "nunca habría venido aquí".

Durante años, Harry y Brenda habían pasado las vacaciones familiares todos los veranos en Guernsey, donde vivían los padres de Brenda. Pero ahora que los niños habían crecido lo suficiente como para hacer sus propios arreglos, habían decidido cambiar. Brenda siempre había querido conocer el sur de Francia, y creían que se habían ganado el derecho a darse un capricho por una vez. La situación era bastante cómoda, ya que Brenda, recién graduada en la Open University, tenía un trabajo a tiempo completo como profesora. Había causado un agradable revuelo en el comedor de la dirección de Barnard Castings cuando Harry soltó el nombre de su destino de vacaciones entre los Benidorms y las Palmas, las Costas de esto y aquello, cuyos méritos estaban siendo debatidos por sus colegas.

"¿La Riviera Francesa, Harry?

Sí, un pequeño hotel cerca de St Raphael. Brenda sacó el nombre de un libro'.

"Estamos subiendo en el mundo, ¿no?

"Bueno, es caro. Pero pensamos, bueno, por qué no ser extravagantes, mientras somos lo suficientemente jóvenes para disfrutarlo.'

`Disfrutar mirando a todos esos pájaros en topless, querrás decir.'

¿Es eso cierto?", dijo Harry, con una inocencia no del todo fingida. Por supuesto, él sabía en teoría que en ciertas partes del Mediterráneo las chicas tomaban el sol en topless en la playa, y había visto fotos del fenómeno en el periódico de su secretaria, que él robaba regularmente para ver esas ilustraciones. Pero la realidad había sido un shock. No tanto la promiscuidad y el anonimato de los pechos en la playa, como la desnudez más íntima y socialmente compleja en la piscina del hotel. Lo que hacía que la piscina fuera diferente, y más inquietante, era que las mujeres que permanecían semidesnudas alrededor de su perímetro durante todo el día eran las mismas que veías inmaculadamente vestidas para cenar por la noche, o a las que saludabas y sonreías amablemente en el vestíbulo, o con las que intercambiabas pequeñas charlas sobre el tiempo en el bar. Y como Brenda encontraba la piscina a la sombra de los árboles, a unos cuantos kilómetros del interior, infinitamente preferible al calor, el resplandor y la aglomeración de la playa (por no mencionar la probable contaminación del mar), se convirtió en el principal escenario de la iniciación de Harry en el nuevo código de modales mamarios.

A Harry -no le importaba admitirlo- siempre le habían gustado los pechos de las mujeres. A algunos hombres les gustaban las piernas, o los culos, pero Harry siempre había sido lo que los chicos de Barnard's llamaban un aficionado a las tetas. "Te destetaron demasiado pronto", solía decir Brenda, un diagnóstico que Harry aceptaba con una sonrisa complaciente. Siempre echaba un vistazo, como un simple acto reflejo, al busto de cualquier mujer sexualmente interesante que estuviera a su alcance, y había pasado muchos momentos ociosos especulando sobre las formas que se ocultaban bajo sus jerséis, blusas y sujetadores. Era desconcertante, por no decir otra cosa, encontrar este inofensivo pasatiempo totalmente redundante bajo el sol provenzal. Apenas había empezado a evaluar las figuras de las mujeres del Hotel des Pins antes de que satisficieran su curiosidad hasta el último poro. En efecto, en la mayoría de los casos las vio semidesnudas antes de conocerlas, por así decirlo, socialmente. La presumida inglesa, por ejemplo, madre de dos niños gemelos y esposa del rechoncho corredor de bolsa, nunca vista sin el Financial Times de ayer en la mano y con una sonrisa de satisfacción en la cara. O la compañera de la pareja alemana que adoraba el sol con celo religioso, girando y ungiéndose según un estricto horario y con la ayuda de un despertador de cuarzo. O la morena de cierta edad, profundamente bronceada, a la que Harry había bautizado en privado como Carmen Miranda, porque hablaba un español afanoso y rápido, o podría haber sido portugués, en el teléfono inalámbrico que el camarero Antoine le traía a intervalos frecuentes.

La señora Snooty apenas tenía pechos cuando estaba tumbada, sólo unas almohadillas infantiles de lo que parecía un músculo, rematadas por unos graciosos pezones respingones que temblaban como las narices de dos pequeños roedores cuando se levantaba y se movía. Los pechos de la alemana eran conos perfectos, suaves y firmes como si estuvieran torneados, y nunca parecían cambiar de forma, independientemente de la postura que adoptara; mientras que los de Carmen Miranda eran como dos bolsas de satén marrón llenas de un líquido viscoso que fluía y refluye por su caja torácica en continuo movimiento mientras se giraba y retorcía inquieta en su colchón, esperando la próxima llamada de su amante ausente. Y esta mañana había un par de chicas adolescentes junto a la piscina a las que Harry no había visto antes, reclinadas una al lado de la otra, una en bikini verde y la otra en amarillo, contemplando sus pechos recién adquiridos, hemisferios lisos e impecables como moldes de gelatina, con la tranquila satisfacción de las amas de casa que ven subir los bollos.

Hoy hay dos recién llegadas", dijo Harry. "O debería decir, cuatro".

"¿Vas a bajar?", dijo Brenda en la puerta. "¿O vas a pasar la mañana mirando a través de las persianas?

"Ya voy. ¿Dónde está mi libro? Buscó en la habitación su libro de bolsillo de Jack Higgins.

"No estás avanzando mucho con él, ¿verdad?", dijo Brenda con sarcasmo. Creo que deberías mover el marcapáginas todos los días, para guardar las apariencias".

Un libro era, sin duda, el equipo básico para observar discretamente las tetas junto a la piscina: algo para mirar por encima, o alrededor, algo desde donde levantar la vista, como si te distrajera un ruido o un movimiento repentino, en el momento oportuno, justo cuando el pájaro, a unos metros de distancia, se quitaba el traje de los hombros o se ponía de espaldas. Otro elemento esencial era un par de gafas de sol, lo más oscuras posible, para ocultar la dirección precisa de la mirada. Porque había, se dio cuenta Harry, un protocolo relacionado con el topless. Que un hombre mirara fijamente, o incluso dejara que sus ojos se posaran durante un lapso de tiempo medible en un pecho desnudo, sería una mala forma, porque violaría el principio fundamental en el que se basaba toda la práctica, a saber, que no había nada digno de mención en ello, que era lo más natural y neutral del mundo. (Antoine era especialmente hábil en conseguir servir a sus clientas bebidas frías, o tomar sus pedidos para el almuerzo, inclinándose sobre sus figuras inclinadas, sin que pareciera notar su desnudez). Sin embargo, este principio era desmentido por otro, que limitaba el topless a la piscina y sus márgenes. En cuanto pasaban a la terraza, o al propio hotel, las mujeres se cubrían la parte superior. ¿Las tetas desnudas ganan y pierden valor erótico en relación con zonas territoriales arbitrarias? ¿El pecho que el marido o el amante miraba con avidez, acariciaba y acariciaba en la intimidad del dormitorio, se convirtió en un objeto de indiferencia, una mera protuberancia anatómica no más interesante que un codo o una rótula, en el borde de hormigón de la piscina? Evidentemente, no. La idea era absurda. Harry no dudaba de que, al igual que él, todos los hombres presentes, incluido Antoine, obtenían un placer y una estimulación considerables del topless de la mayoría de las mujeres, y era poco probable que las propias mujeres no fueran conscientes de este hecho. Tal vez les resultaba excitante, especuló Harry, exponerse a sabiendas de que los hombres no debían dar ninguna señal de excitación; y sus propios hombres podían compartir, de manera indirecta, esta excitación. Especialmente si la propia esposa estaba mejor dotada que algunas de las otras. Interceptar la mirada admirativa y envidiosa de otro hombre hacia las tetas de su esposa, y pensar en silencio para sí mismo: "Sí, muy bien, amigo, puedes mirar, siempre que no sea demasiado obvio, pero sólo a mí se me permite tocarlas, ¿ves? Eso podría ser muy excitante.

Tumbado junto a Brenda en la piscina, mareado por el calor y la consideración de estos enigmas y paradojas, Harry se sintió repentinamente traspasado por una flecha de deseo perverso: ver a su mujer desnuda, y desearla, a través de los ojos de otros hombres. Se puso boca abajo y acercó su boca al oído de Brenda.

Si te quitas la blusa -susurró-, te compraré el vestido que vimos en San Rafael. El de los mil quinientos francos".

El autor había llegado a este punto de su historia, que estaba escribiendo sentado en una mesa a la sombra de una sombrilla en la terraza que daba a la piscina del hotel, utilizando una pluma estilográfica y un papel de aluminio rayado, como era su costumbre, y habiendo acumulado muchas páginas canceladas y reescritas, como también era su costumbre, cuando sin previo aviso se levantó un fuerte viento. Hizo temblar y silbar los pinos del recinto del hotel, levantó ondas en la superficie de la piscina, derribó varios paraguas y lanzó al aire las hojas del manuscrito del autor. Algunas de ellas volvieron a flotar en la terraza, o en los márgenes de la piscina, o en la propia piscina, pero muchas fueron lanzadas con asombrosa rapidez al aire, por encima de los árboles, por el cálido soplo del viento. El autor se levantó tambaleándose y contempló incrédulo las hojas de papel maché que se elevaban más y más, como cometas fugadas, retorciéndose y girando bajo el sol, blancas contra el cielo azul. Era como la visita de algún dios o demonio, un pentecostés a la inversa, que se llevaba las palabras en lugar de impartirlas. El autor se sintió violado. Las mujeres que tomaban el sol alrededor de la piscina, como si tuvieran la misma conciencia, se cubrían los pechos desnudos mientras observaban el remolino de hojas de papel que se alejaba en la distancia: Los rostros se volvieron hacia el autor, con sonrisas de simpatía mezcladas con Schadenfreude. Invitadas por la aguda voz de su madre, las gemelas inglesas se escabulleron por el borde de la piscina recogiendo las hojas sueltas, y las llevaron con una avidez perruna a su dueña. El alemán, que había estado en la piscina en el momento del viento, se acercó con dos páginas empapadas, cubiertas de llanto a mano larga, sostenidas entre el dedo y el pulgar, y las puso cuidadosamente sobre la mesa del autor para que se secaran. Pierre, el camarero, presentó otra hoja en su bandeja. `C'est le petit mistral', dijo con un gesto de conmiseración. Qué pena". El autor les dio las gracias mecánicamente, con los ojos todavía puestos en las páginas aéreas, que ahora eran meras manchas en la distancia, hundiéndose lentamente en el bosque de pinos. Alrededor del hotel, el aire volvía a estar tranquilo. Poco a poco, los huéspedes volvieron a sus tumbonas y colchones. Las mujeres se descubrieron discretamente los pechos, renovaron la aplicación de Ambre Solaire y reanudaron la búsqueda del bronceado perfecto.

¡Simon! Jasper -dijo la inglesa-, ¿por qué no vas a dar un paseo por el bosque a ver si encuentras más papeles del caballero?

"Oh, no", dijo el autor con urgencia. Por favor, no se moleste. Estoy seguro de que ya están a kilómetros de distancia. Y realmente no son importantes'.

No se moleste", dijo la inglesa. "Lo disfrutarán".

"Como una búsqueda del tesoro", dijo su marido. O más bien, una caza del papel'. Se rió de su propia broma. Los niños salieron trotando obedientemente hacia el bosque. El autor se retiró a su habitación, para esperar el regreso de su esposa, que se había perdido toda la emoción, desde San Rafael.

He comprado el vestido más bonito", anunció al entrar en la habitación. "No me preguntes cuánto ha costado".

"¿Mil doscientos francos?

"Dios mío, no, no tanto. Setecientos cincuenta, en realidad. "¿Qué pasa, te ves raro?

"Tenemos que dejar este hotel". Le contó lo que había pasado.

"No debería preocuparme", dijo su mujer. "Esos mocosos probablemente no encontrarán más sábanas".

`Oh, sí que lo harán. Lo considerarán un reto, como el premio del Duque de Edimburgo. Peinarán los bosques de pinos en kilómetros a la redonda. Y si encuentran algo, seguro que lo leerán'.

"No lo entenderían".

Sus padres lo harían. Imagina a la señora Snooty encontrando sus pezones comparados con las puntas de la nariz de pequeños roedores'.

La esposa del autor soltó una carcajada. Eres un tonto', dijo. No fue mi culpa', protestó él. El viento surgió de la nada".

"¿Un acto de Dios?" "Precisamente". "Bueno, supongo que Él no aprobó esa historia. No puedo decir que me importara mucho. ¿Cómo iba a terminar?

La esposa del autor conocía muy bien la historia hasta donde él había llegado, porque se la había leído en voz alta en la cama la noche anterior. "Brenda acepta el soborno para hacer topless".

"No creo que lo haga".

`Bueno, lo hace. Y Harry está muy contento. Siente que él y Brenda se han liberado por fin, que se han unido al conjunto sofisticado. Se imagina a sí mismo contándoselo a los chicos de Barnard Castings, dándoles envidia. Se le pone tan dura que tiene que estar todo el día tumbado boca abajo".

"¡Para, para!", dijo su mujer. "Qué grosero".

Se muere de ganas de irse a la cama esa noche. Pero justo cuando se retiran, se separan por alguna razón que aún no he descubierto, y Harry sube primero a su habitación. Ella no viene de inmediato, así que Harry se prepara para ir a la cama, se acuesta y se queda dormido. Se despierta dos horas después y descubre que Brenda sigue sin aparecer. Alarmado, se pone la bata y las zapatillas para ir a buscarla. Justo en ese momento, ella entra. ¿Dónde demonios has estado? le dice. Ella tiene una mirada peculiar, va a la nevera de su habitación y se bebe una botella de agua Perrier antes de contarle su historia. Dice que Antoine la interceptó abajo para regalarle un ramo de flores. Al parecer, todos los hombres del hotel votan cada semana qué huésped tiene los pechos más bonitos, y Brenda ha sido la primera en la encuesta. El ramo es una muestra de su admiración y respeto. Está angustiada porque se lo dejó en la habitación de Antoine.

"¿La habitación de Antoine?

Sí, él la convenció de que viera su habitación, un pequeño chalet en el bosque, y le dio de beber, y una cosa llevó a la otra, y ella acabó dejando que le hiciera el amor'.

"Qué improbable.

No necesariamente. El hecho de quitarse el sujetador en público liberó en Brenda una vena latente de libertinaje que Harry no había visto nunca. Está bastante borracha y es bastante desvergonzada. Se burla de él con un testimonio gráfico de la habilidad de Antoine como amante, y compara el equipo genital de Harry desfavorablemente con el del francés'.

Cada vez peor', dijo la esposa del autor. `En ese momento Harry la golpea'.

`Oh, qué bien. Muy bonito'.

"Brenda se desnuda y se mete en la cama. Un par de horas después, se despierta. Harry está de pie junto a la ventana mirando la piscina vacía, de un azul fantasmal a la luz de la luna. Brenda se levanta de la cama, se acerca y le toca suavemente en el brazo. Ven a la cama, le dice. No era cierto lo que te dije. Él vuelve la cara lentamente hacia ella. ¿No era verdad? No, dice ella, me lo he inventado. Me senté en el coche durante dos horas con una botella de vino y me lo inventé. ¿Por qué? dice él. No sé por qué, dice ella. Para darle una lección, supongo. Pero no debería haberlo hecho. Ven a la cama. Pero Harry se limita a sacudir la cabeza y se vuelve a mirar por la ventana. Nunca supe, dice él, con una especie de voz muerta, que te importara el tamaño de mi pene. Pero no es así, dice. Me lo he inventado todo. Harry sacude la cabeza con incredulidad, mirando los márgenes azules y sin pecho de la piscina. Así es como iba a terminar la historia, con esas palabras, "los márgenes azules y sin pecho de la piscina"'.

Mientras pronunciaba estas palabras, el autor se encontraba en la ventana, mirando la piscina del hotel de la que todos los huéspedes habían salido para cambiarse para la cena. Sólo la figura solitaria de Pierre se movía entre las sombrillas y las mesas, recogiendo toallas de baño y bandejas de té.

`Hmm', dijo la mujer del autor.

La fijación de Harry por los pechos de las mujeres, ya ves", dijo el autor, "ha sido desplazada por una ansiedad sobre su propio cuerpo de la que nunca se librará".

"Sí, ya lo veo. No soy estúpido, lo sabes'. La mujer del autor se acercó a la ventana y miró hacia abajo. "Pobre Pierre", dijo. No se le ocurriría insinuarse a mí, ni a ninguna de las otras mujeres. Es evidente que es gay".

Por suerte", dijo la autora, "no llegué tan lejos con mi historia antes de que el viento la dispersara por todo el campo. Pero será mejor que salgas de la Michelin y busques otro hotel. No soporto la idea de quedarme aquí, en vilo todo el tiempo por si uno de los huéspedes vuelve de un paseo por el bosque con una pieza de ficción comprometedora en sus manos. Qué cosa tan extraordinaria puede ocurrir".

Sabes", dijo la esposa del autor. `Es realmente una historia mejor'. Sí", dijo el autor. Creo que la escribiré. La llamaré "Tit for Tat".

"No, llámalo "Hotel de Tetas"", dijo la esposa del autor. "Las suyas y las tuyas".

"¿Y las tuyas?

`Sólo déjelos fuera de esto, por favor'.

Mucho más tarde esa noche, cuando estaban en la cama y acababan de dormirse, la mujer del autor dijo:

"No querrás que haga topless, ¿verdad?

No, claro que no", dijo el autor. Pero no parecía del todo convencido, ni convincente.